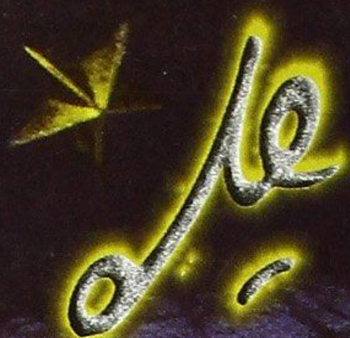


RECUERDOS EN RÁFAGA

Orlando Borrego

CIENCIAS SOCIALES

Palabras introductorias

Mi decisión de escribir un anecdotario y otros pasajes con mis recuerdos, y el de otros compañeros, sobre aquella parte de la vida del Che en que fuimos sus colaboradores, obedece a la recomendación que me hicieran varios lectores cubanos, y de otros países, después de ser publicado mi libro *Che: El camino del fuego,* en junio del año 2001.

Al terminar la lectura de mi modesta obra, ellos señalaban que allí aparecía lo esencial de su pensamiento teórico y la forma práctica de llevar a la realidad sus nobles y promisorios ideales, pero que en esa labor tan abarcadora y multifacética, seguramente existían muchos hechos conocidos por nosotros, asociados al Che cotidiano, que resultarían fundamentales dar a conocer.

Que si bien en el libro aparecían algunos pasajes de ese tipo, solo representaban, de seguro, una mínima parte de todos los que pudieran contarse para conocimiento de las actuales y futuras generaciones.

No encontré argumentos válidos para negarme a esa pretensión de los lectores y me dispuse a poner manos a la obra, aunque consciente de mis obvias limitaciones como narrador.

Como en otras ocasiones, invito a los demás compañeros que colaboraron con el Che para que escriban sus recuerdos.

Dejo constancia de las aprensiones que he tenido que vencer para hablar de mi protagonismo en muchos de los pasajes que aquí se narran, pero al tratarse de recuerdos personales sobre hechos donde tuve que participar, no me ha quedado otra opción posible en razón de la verdad histórica.

Debo aclarar que cuando me enfrenté a la difícil tarea de escribir *Che: El camino del fuego*, me hice el firme propósito de cuidar la sobriedad elemental que requería una obra de ese tipo.

Al considerarlo un libro de cierto nivel científico, apreciaba que en él debían aparecer los aportes fundamentales del Che a la ciencia de dirección dentro del complejo esfuerzo desarrollado por él para construir una nueva sociedad en el hemisferio occidental; y, en las complejas condiciones que se vivieron durante la segunda parte del controvertido y atribulado siglo XX.

Todos los que han incursionado, de alguna forma, en la economía o, en las áridas tareas de dirección, conocen que cuando se leen obras sobre esas materias no siempre aparece el hombre en toda su dimensión de ser social en comunicación cotidiana con sus contemporáneos. O sea, el ser humano que trabaja, sufre, ríe, sueña y disfruta de las cosas naturales en el entorno donde existe. El propio Che refiriéndose a ciertas obras cumbres de la historiografía o de las ciencias sociales en general, advertía que la rigurosidad de algunas de ellas había convertido a sus autores o protagonistas en ídolos de piedra.

La vida del Che, por otra parte, estuvo colmada de los más diversos acontecimientos, la mayoría de ellos sucedidos en estrecha vinculación con su cautivante personalidad.

En su corta pero intensa existencia, el Che pasó por las más variadas experiencias personales: médico, motociclista, fotógrafo, alpinista, guerrillero, piloto de aviación, periodista, escritor, banquero, Ministro y diplomático.

Súmese a todo lo anterior que como trabajador voluntario desempeñó las más diversas labores: operador de cosechadoras de caña, machetero, tornero, minero, obrero portuario, empalmador de libros, obrero de la construcción, textilero y muchas otras más.

Durante el tiempo que realizó todos esos trabajos, compartió con obreros, campesinos, estudiantes y muchas otras personas pertenecientes a las distintas esferas de la sociedad cubana.

Persona culta, observadora, analítica y con gran facilidad de comunicación supo integrarse al carácter de los cubanos sin ninguna dificultad. Sin embargo, sobresalían en él ciertos hábitos y costumbres de su natal Argentina y del seno familiar donde se educó desde su niñez.

Al contar con evidente sentido del humor, disfrutaba del temperamento de los cubanos, de sus chistes y de determinadas formas de comportarse. Dentro de ese medio dejaba aparecer su típica y refinada ironía que lo caracterizó durante toda su vida.

Un hombre que vivió en lucha con los rezagos de la sociedad anterior, tratando de consolidar nuevos valores para la formación del hombre nuevo, era lógico que profundizara en la sicología humana en función de aquellos nobles objetivos.

Todas estas características tan particulares del Che, hicieron que se mantuviera en permanente superación personal, pero trasmitiendo sus enseñanzas a cada paso.

En los primeros años de la Revolución vivíamos en constante aprendizaje. La realidad de esta situación, más los rasgos típicos de los cubanos fueron caldo de cultivo para que sucedieran cosas insólitas que a lo mejor nunca hubiesen ocurrido en tiempos normales.

Muchos de aquellos acontecimientos, hoy nos hacen reír y añorar aquellos tiempos juveniles, donde lo común era el entusiasmo desbordante, la alegría, la seguridad en nuestro futuro y el desinterés por las cosas personales; todo lo característico de una revolución que comienza.

Luego vendría un proceso de institucionalización que lo fue ordenando todo; proceso que avanzaba en lucha con los hábitos de la época "guerrillera" como decía el Che. Así fuimos respondiendo a una nueva disciplina, a ser más cuidadosos con el lenguaje, a escribir tratando de no revelar cosas que pudieran ser utilizadas contra nuestra causa por los enemigos de siempre.

Pareció que hasta el humorismo criollo estaba en retirada, no porque lo deseáramos, sino por las propias condiciones adversas del entorno. En realidad el humor estaba guardado en caja fuerte, para cuando llegara la oportunidad de expresarlo.

Quién puede negar que las situaciones o los hechos humorísticos nunca se olvidan y, por el contrario, se añejan como el buen vino y después de muchos años se disfrutan con más gusto que en la oportunidad en que sucedieron.

Una verdadera revolución lucha por la felicidad de su pueblo, pero esa aspiración suprema no implica solamente la satisfacción de los bienes materiales. Lo más importante en un proceso de ese tipo es que se alcance la más plena realización espiritual, junto al amor por el trabajo, por el estudio, por alcanzar una amplia cultura, y disfrutar de una vida sana con todo lo que tiene de hermoso y divertido.

En los duros años de trabajo, de logros, de éxitos y de fracasos, el pueblo cubano nunca ha perdido la oportunidad para divertirse en un carnaval, en una fiesta doméstica o en una festividad colectiva en un centro de trabajo.

Allí se canta y se baila, se discute de política y se hacen bromas de todo tipo. Todo eso lo conoció el Che, aunque por su capacidad de sacrificio no siempre lo disfrutó como debía. Aun así, no dejó de participar en varias actividades festivas, organizadas por su propia

iniciativa para estimular a los trabajadores. Si para algo tenía limitaciones importantes era para la música y el baile, ya que poseía un pésimo oído musical, confundiendo el ritmo de una guaracha con el de un bolero o un danzón.

Muy pocas de esas vivencias del Che han aparecido en los libros que se han escrito sobre él. No hacerlo en extenso puede implicar que algunos lo conviertan en el ídolo de piedra, que él tanto criticaba, cuando se refería a sus lecturas sobre algunas grandes personalidades de la historia.

Con esa amalgama de recuerdos en mi mente, me he hecho el propósito de trasmitirle a los lectores algunas anécdotas vinculadas a la fecunda estancia del Che en Cuba; todo con el interés de acercarlo más a todos los hombres y mujeres del mundo que lo admiran y lo respetan. Presentarlo para que conozcan cuándo reía y por qué lo hacía; cuándo sufría y cuáles eran las razones; cuándo temblaba de indignación contra cualquier injusticia en el mundo; cómo quería a su familia y a sus amigos, y los cuidaba. Su amor por la naturaleza y todo lo que representa en lo inmenso de su biodiversidad.

También, cómo amaba la poesía y era capaz de disfrutar de los chistes, con la excepción de aquellos que de alguna forma discriminaran a una persona o que por su vulgaridad atentaran contra los más sanos valores humanos.

Ese Che, que pocas horas antes de morir conservaba su optimismo y hacía correcciones ortográficas frente a una pizarra de la escuelita de la Higuera para que los niños bolivianos de aquella recóndita región pudieran apreciar las palabras sin pugnar con las bellezas de la escritura y de la vida.

La valentía y el miedo

Se ha escrito mucho a través de la historia sobre los actos heroicos llevados a cabo por determinadas personas. Los escenarios y las circunstancias en que esos actos se han realizado resultan muy variados.

Desde la antigüedad hasta hoy, las guerras han servido de referente particular para destacar actos excepcionalmente heroicos realizados por los combatientes que han participado en ellas y, en ocasiones, ese mismo escenario ha servido para significar los casos en que ciertas personas, al encontrarse en situaciones extremas, han reaccionado con actitudes cobardes sin ser capaces de sobreponerse al miedo en tales circunstancias.

Durante la guerra de liberación en Cuba se produjeron innumerables acciones heroicas por parte de muchos combatientes revolucionarios, que han pasado a la historia como ejemplos de extraordinaria valentía personal o colectiva. También el recuento histórico señala casos de cobardía y actitudes donde prevaleció el miedo por encima del coraje demostrado en el combate, tanto en la lucha clandestina en las ciudades como en las acciones guerrilleras llevadas a cabo en las montañas.

Terminada la guerra se da paso a los recuerdos sobre esos momentos extremos en el fragor del combate. Al reunirse los combatientes que participaron en determinadas acciones no siempre predomina la unidad de criterios sobre los hechos sucedidos y, en ocasiones, no son todos los que aceptan o reconocen el haber sentido miedo en determinadas circunstancias. Con más frecuencia se destacan los hechos heroicos sucedidos en el combate.

Entre las virtudes más reconocidas del Che se encuentra su honestidad a toda prueba y ese rasgo de su personalidad estuvo siempre presente en todas las acciones de su intensa y fecunda existencia.

Inmediatamente después de culminada la guerra de liberación en Cuba, el comandante Guevara se preocupó por escribir sus recuerdos sobre los principales hechos sucedidos durante la campaña guerrillera. En esos escritos puso de relieve otra vez su honestidad y dejó para la historia un valioso legado acerca de su actitud personal durante la lucha revolucionaria.

Personalmente recuerdo, cómo el Che, antes de dar por terminado cada uno de aquellos escritos, se reunía previamente con todos los que habían participado en cada una de las acciones combativas para verificar, en detalles, con la mayor precisión, todos los hechos narrados.

De aquellos pasajes históricos pueden extraerse algunos momentos donde se pone de manifiesto lo ya señalado acerca de la honestidad personal del Che.

En uno de los capítulos de sus pasajes, titulado "Interludio" el Che narra los principales acontecimientos sucedidos durante los meses de abril a junio de 1958 en la Sierra Maestra. La insurrección había tomado fuerza en todo el país y, muy especialmente, en la parte oriental de la isla, se había producido una importante incorporación de combatientes a la Sierra Maestra poniendo en aprietos al gobierno de la tiranía de Batista.

El 9 de abril de ese año se llevó a cabo un intento de huelga general, organizada por las fuerzas revolucionarias de la ciudad, la cual terminó en un fracaso y estimuló al ejército reaccionario a llevar a cabo una gran ofensiva contra los revolucionarios que combatían en las montañas de la Sierra Maestra, encabezados por Fidel.

Uno de esos días, el Che salió de su campamento en dirección a un lugar llamado "El Jíbaro" para una entrevista con Fidel. Lo acompañaba un guía durante aquella larga caminata que duró todo un día. La entrevista con Fidel también fue prolongada y al día siguiente el Che retomó la ruta que lo había llevado hasta su jefe, para regresar a su campamento en otro lugar llamado "La Otilia". Por razones desconocidas el guía que lo acompañaba lo abandonó en el trayecto, por lo cual, éste tuvo que hacerse acompañar por otro que cumpliera esa misión.

Después de varias horas de camino los dos hombres se enfrentaron a un raro escenario el cual es narrado por el Che con ciertos matices humorísticos:

En esta última etapa, cerca ya de la casa, se presentó un raro espectáculo, a la luz de una luna llena que iluminaba claramente los contornos, en uno de esos potreros ondulados, con palmas diseminadas, apareció una hilera de mulos muertos, algunos con sus arreos puestos.

Cuando nos bajamos de los caballos a examinar el primer mulo y vimos los orificios de bala, la cara con que me miró el guía era una imagen de película de cowboys. El héroe de la película que llega con su compañero y ve, por lo general, un caballo muerto por una flecha, pronuncia algo así como "los siouxs", y pone una cara especial de circunstancias, así era la del hombre, y, quizá, también la mía propia, pero yo no me preocupaba mucho de examinarme... El guía se negó a seguirme, alegó desconocer el terreno y simplemente subió a su cabalgadura y nos separamos amigablemente.

Yo tenía una "Beretta" y, con ella montada, llevando el caballo de las riendas me interné en los primeros cafetales. Al llegar a una casa abandonada, un tremendo ruido me sobresaltó hasta el punto que por poco disparo, pero era sólo un puerco, asustado también por mi presencia. Lentamente y con muchas precauciones fui recorriendo los escasos centenares de metros que nos separaban de nuestra posición, la que encontré totalmente abandonada. Tras mucho rebuscar, encontré un compañero que había quedado durmiendo en la casa.

Universo, que había quedado al mando de la tropa, había ordenado la evacuación de la casa previendo algún ataque nocturno de madrugada. Como las tropas estaban bien diseminadas defendiendo el lugar, me acosté a dormir con el único acompañante. Toda aquella escena no tiene para mí otro significado que el de la satisfacción que experimenté al haber vencido el miedo durante el trayecto que se me antojó eterno hasta llegar, por fin, solitario, al puesto de mando. Esa noche me sentí valiente.

Esta primera parte de la narración que nos ofrece el Che nos lleva a una definición no pocas veces expresada por la sicología popular: la verdadera actitud valiente de una persona se expresa de manera elocuente cuando es capaz de vencer el miedo en situaciones extremas. O sea, que no sentir miedo en esas circunstancias no siempre constituye un mérito y cualidad natural de una persona. Lo natural es sentirlo, pero vencerlo; y, de esta forma se cumple lo expresado por el Che sobre la actitud valiente que pudo apreciar en aquella oportunidad.

Luego continúa con su narración en medio de la dura confrontación con las tropas del connotado asesino Sánchez Mosquera. Nos cuenta que se encontraba con uno de sus frecuentes ataques de asma e iba montado en un caballo con el cual había hecho buenas migas. La lucha se extendía en diferentes direcciones y tuvo que abandonar la cabalgadura.

El enemigo tiraba con morteros y en un momento arreció el tiroteo a su derecha, acompañado por una gritería descomunal por parte de los soldados de la tiranía. Los combatientes revolucionarios que acompañaban al Che no tenían gran experiencia y solo atinaban a disparar aisladamente y salieron corriendo loma abajo. Solo, en un potrero pelado, el Che vio cómo aparecían los cascos de los soldados. Varios fusiles enemigos localizaron su posición y hacia allí concentraron el fuego de sus armas. A partir de este momento la narración del Che nos lleva a otra conclusión irreversible junto a la carga proverbial de su honestidad:

Emprendí una zigzagueante carrera llevando sobre los hombros mil balas que portaba en una tremenda cartuchera de cuero, saludado por los gritos de desprecio de algunos soldados enemigos.

Al llegar cerca del refugio de los árboles mi pistola se cayó. Mi único gesto altivo de esa mañana triste, fue frenar, volver sobre mis pasos, recoger mi pistola y salir corriendo, saludado esta vez, por la pequeña polvareda que levantaban como puntillas a mí alrededor las balas de los fusiles. Cuando me consideré a salvo, sin saber de mis compañeros ni del resultado de la ofensiva quedé descansando, parapetado en una gran piedra en medio del monte. El asma, piadosamente, me había dejado correr unos cuantos metros, pero se vengaba de mí y el corazón saltaba dentro del pecho.

Sentí la ruptura de ramas por gente que se acercaba, ya no era posible seguir huyendo (que realmente era lo que sentía ganas de hacer), esta vez era otro compañero nuestro, extraviado recluta recién incorporado a la tropa. Su frase de consuelo fue más o menos "No se preocupe Comandante, yo muero con usted". Yo no tenía ganas de morir y sí tentaciones de recordarle algo de su madre, me parece que no lo hice. Ese día me sentí cobarde.

El anecdotario del Che continuaría siendo rico en situaciones extremas durante la guerra en Cuba. Luego escribiría su diario de combate en el Congo y finalmente en Bolivia.

Su historial guerrillero está lleno de hechos heroicos llevados a cabo por él hasta el día que fue asesinado. Ese momento culminante de su vida combativa vuelve a dejarnos para la historia el referente cumbre de su valentía personal. Nuevamente supo vencer el miedo como para convertirse en el ya legendario Guerrillero Heroico conocido por todo el mundo.

El soborno

Cuba fue uno de los enclaves más destacados de la corrupción administrativa en América Latina. Los distintos gobiernos de la seudo república compitieron en lo referente al robo, el peculado y las prebendas recibidas por los políticos de turno.

La década del 50 significaría la época cumbre de los desmanes en materia de corrupción junto a las medidas represivas contra cualquier político honrado que denunciara el estado de cosas existente en el país.

Precisamente, uno de los objetivos fundamentales del movimiento revolucionario era dar fin a la corrupción administrativa que durante años venía esquilmando al pueblo sin el más mínimo sentido de la ética y la probidad por parte de los funcionarios públicos.

Cuando el Ejército Rebelde tomó el poder y fueron sustituidos los funcionarios corruptos del gobierno de la tiranía, comenzó un nuevo período para Cuba. A partir de entonces, cualquier cargo en el Estado cubano estaría en función de los intereses del pueblo y no de nadie en particular. Fue cuando la espontaneidad popular acuñó la frase de "llegó el Comandante y mandó a parar".

Como la corrupción había calado tan hondo, muchos no reaccionaron a tiempo o no creyeron que realmente se había producido un cambio definitivo en el país. Este era el caso de muchos comerciantes y hombres de negocios que trataron de seguir utilizando el soborno para conquistarse el favor de los funcionarios y así engrosar sus bolsillos. Las estructuras militares también formaban parte del coro corruptivo.

Cuando llegamos al Regimiento de La Cabaña y fui designado como jefe de la Junta Económica Militar de aquella institución, empezaron a llegar a mi oficina, en forma maratónica, todos los comerciantes que actuaban como suministradores del Regimiento. Su mayor

preocupación era la de cobrar los adeudos pendientes ante el temor de que el Ejército Rebelde le fuera a ajustar cuentas por su colaboración abierta con la tiranía batistiana.

No sabían aquellos personajes que la política del Gobierno Revolucionario era la de continuar la vida normal de sus instituciones y cumplir con todos los compromisos de pago que estuvieran legalmente justificados. La única instrucción que yo había recibido por parte del Che, como jefe del regimiento, era la de revisar con el mayor celo aquellas obligaciones.

Un día llegó a mi oficina un asustado comerciante que era el suministrador exclusivo de café al Regimiento. Sin ningún escrúpulo se interesó por los pagos que teníamos pendientes con su empresa. Al yo contestarle que estábamos revisando nuestros adeudos para su liquidación, me ofreció un treinta por ciento de descuento si le hacía el pago de inmediato. Interpreté su propuesta como una forma descarada de soborno e insulté al personaje sin el más mínimo reparo.

El hombre se aterró ante mi reacción, pidiendo cuantas excusas le vinieron a la cabeza. Pocos días después ordené los pagos pendientes al comerciante sin deducir ningún descuento de los ofrecidos.

Al informarle al Che lo sucedido, hice hincapié en el intento de soborno a que había sido sometido. Me parecía que había actuado con la más alta profesionalidad administrativa y esperaba un oportuno reconocimiento moral de mi jefe.

Para mi sorpresa, el Che me dijo que había actuado totalmente fuera de lugar. Consideró que estaba muy bien que no aceptara un descuento para mi beneficio personal, ya que de lo contrario caería en manos de la justicia revolucionaria, pero en términos comerciales había actuado como un tonto. El comerciante, según él, estaba actuando dentro de sus leyes y yo lo que había logrado era encarecer el café que estábamos consumiendo en el Regimiento. *Como comerciante,* me dijo*, arruinarías cualquier negocio capitalista.*

A partir de aquel día traté de ser más eficiente en términos comerciales, los esfuerzos fueron muchos, pero hasta ahora no he tenido éxitos significativos en tal sentido, y ya es demasiado tarde para lograrlo.

Nueva ética: primera lección

Para el Che, la primera condición que debía plantearse un dirigente revolucionario era practicar con el ejemplo personal. Para formar hombres integrales no sólo es necesario aportar la simiente, hay que saberla abonar con la savia del ejemplo por parte del líder. Y aunque nunca habló acerca de su liderazgo personal, estaba muy consciente de sus altas responsabilidades como hombre de Estado y de su pertenencia a la alta dirección de la Revolución Cubana.

Involucrado y comprometido con la causa a la que dedicó su valiosa existencia, fue consecuente con su prédica educativa. No practicó, como han tratado de demostrar algunos de sus detractores, un ascetismo ramplón y extremista. Más de una vez insistió en que lo fundamental para un dirigente revolucionario era tener un verdadero sentido del límite a la hora de recibir de la sociedad determinadas compensaciones por el cumplimiento de su deber social.

En su concepción acerca de cómo debía vivir un dirigente, reconocía que éste tenía el derecho a recibir un salario decoroso y otras prestaciones y servicios, acorde a sus responsabilidades y en correspondencia con la situación económica del país y las condiciones medias de su población. Lo que no se podía permitir era que por el hecho de ocupar determinado nivel de dirección se contara con privilegios desmedidos que pudieran herir la sensibilidad popular.

Todos los valores proclamados por el Che dentro de su concepción de la ética que practicaba, trataba de trasmitirlos a los demás a través de su ejemplo personal. Y ya él conocía lo suficiente al pueblo cubano como para orientarse hacia donde debía conducir su prédica y la forma práctica de llevarla a cabo en cada situación concreta. En tal sentido comenzó a enfrentarse a las más disímiles situaciones, sin caer en extremismo alguno, pero tampoco aceptando actitudes que no se correspondieran con los pilares básicos de la ética y de los altos valores humanos que sustentaba.

Como el objetivo esencial de esta narración no es profundizar en aspectos conceptuales, sino de presentar al Che cotidiano que conocí; trataré de resaltar aquellos hechos más significativos observados por mí o en los que participé por razones de mi trabajo.

Estos hechos están muchas veces asociados a casos anecdóticos ocurridos durante los años en que el Che ocupó distintos cargos en el Estado cubano y especialmente a la etapa en que estuvo al frente del Ministerio de Industrias.

Precisamente, a los pocos meses de creado el Ministerio de Industrias recibí una de las primeras lecciones sobre la ética y la forma en que debía comportarse un funcionario público con responsabilidades de dirección.

Como he narrado en otras ocasiones, siempre aspiré en mi juventud a tener un automóvil propio y de una marca más o menos reconocida. Ese era un sueño bastante generalizado en los de mi edad y una forma inconsciente de expresar el grado de enajenación de que éramos objeto dentro de la sociedad en que vivíamos.

Lo cierto es que en aquellos primeros tiempos yo mantenía aún muy latentes esos rezagos del pasado, y sólo recién empezaba a comprender, gradualmente, que todo había cambiado radicalmente en mi país.

Digo gradualmente, porque aún teniendo muy cerca el ejemplo personal del Che, no lo había asimilado con la rapidez necesaria. Una demostración es que ya había satisfecho en parte mi ilusión por los automóviles, al haberme asignado el Che uno estatal para mi trabajo, pero lo de la marca reconocida era tan tentador que todavía no lo había olvidado. Por lo menos, eso fue lo que demostraron los hechos.

Al nacionalizarse una de las fábricas de cigarrillos más importantes de la Ciudad de La Habana, ésta contaba entre sus activos con un automóvil marca Jaguar prácticamente nuevo.

En verdad yo no andaba a la caza de otro automóvil distinto al que se me había asignado, pero ocurrió que el administrador que se había nombrado al frente de la fábrica era Santiago Riera, quien conocía de mi devoción por los autos y del esmero con que cuidaba el que estaba usando en aquellos momentos.

Mi amigo administrador me llamó por teléfono y me anunció la existencia del Jaguar sugiriéndome que yo hiciera uso del mismo, ya que según él, en la fábrica no le era de ninguna utilidad dada sus características técnicas. Además, me explicaba que su apariencia era

más de auto deportivo que de otra cosa. Me insistió en que como yo era ¡tan cuidadoso! con los autos, seguramente lo iba a conservar como ningún otro compañero.

Pues nada, que caí en el error de aceptar la sincera solicitud, para no decir oferta, que me hiciera mi amigo el administrador. Me traje el Jaguar para el Ministerio, y a cambio, tal como habíamos convenido, le entregué el auto asignado por el Che.

A los dos días de estar tripulando el poderoso Jaguar, llegué al Ministerio, realicé mi maniobra de parqueo, y cuando estaba bajando de la "máquina", arribó el Che a la zona de parqueo en el modesto auto Chevrolet 1960, que era la marca usada por él en aquellos momentos.

El Comandante avanzó hacía mí y mirando despectivamente al Jaguar, me gritó, *¡Chulo!* (proxeneta) y repitió el ofensivo calificativo. Como no entendí absolutamente nada del por qué me ofendía de esa manera, le pregunté cuál era el problema. Entonces me respondió con cierta ironía reflejada en el rostro: *Tú si me entiendes y te advierto que tan sólo dispones de una hora para que devuelvas ese automóvil al lugar de donde lo sacaste.* Entonces caí en la cuenta del error cometido y, por supuesto, tomé las medidas inmediatas para la devolución del controvertido Jaguar.

Pero, lo peor de todo fue que no pude recuperar el automóvil asignado anteriormente, ya que le habían dado una utilización en la fábrica de cigarrillos y éste no admitía retorno alguno a mis manos. Así que me quedé varios días pidiendo el auxilio de algunos amigos para mis traslados de rutina.

Continué trabajando como si nada hubiera sucedido, hasta que el Ministro me llamó una mañana y me ofreció una extensa explicación sobre la razón del por qué me había ordenado la devolución del Jaguar.

En esencia me convenció de lo improcedente que resultaba que un viceministro del Gobierno utilizara para su trabajo un auto tan ostentoso.

Fue tal la argumentación sustentada por el Che, que no sólo me convenció, sino que más nunca he olvidado aquella enseñanza.

Para remate, al final de su razonamiento, totalmente amistoso y educativo, me informó que me había asignado un auto Chevrolet, réplica exacta del usado por él, y que llamara al Ministro del Transporte que ya tenía instrucciones suyas para que me hiciera entrega del mismo.

Como en verdad yo era cuidadoso con los autos, a veces me pedía prestado el que yo usaba para determinados recorridos. Cuando me deshice, muchos años después, del ya viejo Chevrolet, lo hice con un poco de dolor; pero, para entonces, ya no tenía derecho alguno para usarlo como auto del Estado y, por otra parte, ya habían desaparecido todas mis apetencias acerca de los tipos y marcas de automóviles. Lo que sí seguían, muy de cerca, eran los recuerdos y las enseñanzas del Che.

¿Qué haces en la playa?

El primer teniente Alberto Castellanos era el segundo jefe de la escolta personal del Che. Cubano alegre y al decir de sus amigos, capaz de enamorarse hasta de la sombra de una mujer, cumplía con la mayor disciplina la alta responsabilidad que se le había encomendado para la seguridad del comandante.

En aquellos primeros años, las escoltas de los líderes de la Revolución estaban sometidas al mismo horario de trabajo de sus jefes. En razón de su trabajo tenían programado horarios de descanso, pero debían estar permanentemente localizados ante cualquier eventualidad.

Un día que le tocaba el descanso a Alberto, el Che lo autorizó para que utilizara un automóvil del trabajo y que a las ocho de la noche de ese día trasladara a su oficina a unos invitados extranjeros quienes debían entrevistarse con él.

El primer teniente descansó hasta la puesta del sol y considerando que aún disponía de tiempo suficiente hasta la hora indicada para trasladar a los visitantes, invitó a una amiga "muy allegada" para que lo acompañara a la playa de Santa María del Mar, en las proximidades de La Habana.

Todo salió a pedir de boca, la muchacha aceptó la invitación y la pareja se fue a refrescar sus cuerpos y sus espíritus a la mencionada playa.

Alberto situó el automóvil bien cerca del lugar que había seleccionado, y tomó la precaución de dejar la planta microonda del automóvil encendida ante la eventualidad de cualquier llamada a través de ese medio de comunicación.

Los dos jóvenes disfrutaban de un refrescante baño bien merecido a la luz de la luna, cuando de pronto se escuchó el aviso de la microonda del automóvil. Alberto salió corriendo, bien mojadito, y se puso a la escucha del inoportuno aparato. Era el Che.

Se escuchó la voz un tanto imperativa de su jefe: *Alberto, Alberto, me escuchas, es el Che*. Alberto miró su reloj, eran las siete y treinta de la noche; contestando de inmediato con voz entrecortada: "Sí, Comandante, lo escucho; dígame; ¿qué desea?" Le respondió el Che: *¿Dónde estás en estos momentos?.* Entonces, le informó, Alberto: "Estoy en la playa de Santa María". El Che, sorprendido preguntó: *¿Y qué estás haciendo a estas horas en la playa?* Rápidamente, Alberto, contestó: "¿Y qué usted cree que se puede estar haciendo en una playa a estas horas?"

Se hizo una breve pausa y se escuchó la siguiente advertencia: *Tú sabes que a las ocho en punto deben estar las personas que te indiqué en mi oficina, ¿está claro?* Alberto: "Sí, Comandante, lo escucho alto y claro, a esa hora estarán en su oficina".

Cuando verificaba este diálogo, Alberto me contaba que al terminar de hablar con el Che, se puso el uniforme sin secarse el agua de mar, dejó a su amiga, inmediatamente, y a partir de ese momento se convirtió en Juan Manuel Fangio, el famoso as del volante argentino. Más que correr, casi voló con su automóvil y a las ocho en punto de la noche estaba haciendo su entrada con los ilustres visitantes en la oficina del Che.

Agrega que su jefe saludó a los invitados con la mayor cortesía y pasaron a desarrollar la anunciada entrevista. El segundo jefe de la escolta se retiró para terminar su descanso y otro compañero lo sustituyó, como estaba programado, para encargarse de retornar a los invitados al lugar donde estaban hospedados.

Alberto esperaba que al día siguiente su jefe lo llamaría al orden, pero no sucedió nada. Actualmente considera que si no hubiese llegado con los invitados a la hora indicada, no se escapaba de alguna medida disciplinaria por parte del Comandante. Había cumplido con su deber y comprobado una vez más la sicología de su jefe, que en aquella ocasión fue capaz de perdonar sus arrestos juveniles.

Una cerveza bien fría

Hasta finales del año 1962 el régimen de trabajo diario del Che terminaba normalmente a las dos o tres de la madrugada. Además del cúmulo de trabajo, por razones elementales de lealtad y compañerismo, algunos de nosotros permanecíamos hasta esas horas en nuestras oficinas. Llegado un momento empezamos a percibir cierto cansancio físico, aunque la mayoría éramos muy jóvenes, incluso el Che.

A principios de 1963 me comentó que consideraba que habíamos estado sometidos a un ritmo de trabajo muy agotador el cual ya se podía modificar, de acuerdo con el nivel de organización alcanzado en el Ministerio. Entonces decidió que, como regla, nuestra jornada de trabajo terminara a la una de la madrugada. Aquello lo consideré como una feliz concesión de su parte.

Como es conocido, además de las intensas labores administrativas, el Che había hecho del trabajo voluntario uno de los principales elementos forjadores de la conciencia, tanto para los que se desempeñaban en labores burocráticas como en las distintas esferas de la producción social y los servicios. Para él constituía, además, una de las formas más efectivas para acercar los dirigentes a los trabajadores sin la formalidad de los discursos o de las instrucciones ministeriales.

Para responder en la práctica a esas concepciones, cada domingo realizábamos trabajo físico en distintas fábricas, en el sector de la construcción, en los puertos o en las más diversas labores agrícolas. Cuando llegaba la zafra nos convertíamos en asiduos asistentes a los cortes de caña en los campos de los distintos centrales azucareros.

En ocasión de uno de estos trabajos, cerca del central Orlando Nodarse en la provincia de Pinar del Río, compartimos junto al Che una de aquellas experiencias inolvidables.

Si la recuerdo con particular significación es porque aquel día estuvo marcado por ciertos hechos que se grabarían para siempre en mi memoria en unión indisoluble con nuevas enseñanzas del Che.

El corte se llevaba a cabo en un campo de caña quemada bajo un sol abrasador el cual había elevado la temperatura a niveles casi insoportables para nuestras huestes burocráticas. Los rostros de los cortadores se habían convertido en irreconocibles, debido al tizne de la caña quemada. Ese tizne se mezcla con la miel, que a causa del calor recibido sale de la caña, y causa verdaderas molestias para trabajar, tanto en las manos como en todo el cuerpo.

Cerca de nosotros se escuchaba la respiración entrecortada del Che y, tanto su uniforme militar como el de algunos de nosotros estaban empapados de un sudor picante y pegajoso. Todos mirábamos con frecuencia nuestros relojes en ansiosa espera para que llegara el final de la jornada de trabajo.

Cuando se escucharon los últimos machetazos, alguien exclamó: "¡Qué bien nos vendría una cerveza bien fría!" El Che, que no era bebedor de cerveza, secundó la exclamación, y como si le saliera de muy adentro expresó: *¡No vendría mal, no vendría mal!* Mientras se secaba el sudor con sus manos embadurnadas de miel y tizne.

Debo confesar que me sentí un poco conmovido por aquella última expresión y me pareció que igual le había sucedido a otros cortadores que la habían escuchado.

Tomamos nuestros vehículos y salimos del campo rumbo a La Habana. El auto del Che me seguía de cerca, y cuando entrábamos al poblado del Mariel observé que frente a una tienda del lugar se aglomeraban varios trabajadores dedicados a tomar cerveza plácidamente. Sin pensarlo mucho detuve el automóvil y le hice una señal al que me seguía para que hiciera lo mismo. Me dirigí al Che, que no entendía bien el por qué de la parada, y le dije: "Lo voy a complacer con una cervecita bien helada". Reaccionó automáticamente y me advirtió que no se me ocurriera hacerlo ya que andábamos con uniforme militar (ya en esa época se encontraba vigente una disposición la cual prohibía ingerir bebidas alcohólicas en lugares públicos cuando se estaba de uniforme).

Le insistí al Che en que nuestros tiznados uniformes nunca serían reconocidos como de color verde olivo. Me pareció haberlo convencido y me dirigí a la tienda en busca de las cervezas. No había terminado de pedirle al tendero que me despachara cuatro botellas del delicioso líquido, cuando éste poniendo cara de fiscal me respondió negativamente aduciendo que estaba prohibido venderle cervezas a militares en uniforme.

Sentí como si me hubieran derramado un tonel de cerveza helada en la cabeza y avergonzado retorné al auto donde me "esperaba" el Che. La expresión de su rostro tiznado me pareció anunciadora de un huracán. Tan pronto me acerqué recibí las primeras ráfagas: *Me tomé el trabajo de esperarte,* me dijo*, para que te convencieras por ti mismo que estabas cometiendo una indisciplina imperdonable. Me alegro que te haya sucedido, las disposiciones hay que cumplirlas y listo.*

Después de celebrar la actitud del tendero, por haber cumplido con su deber, según él, puso en marcha su vehículo, se despidió con una sonrisa burlona y se me adelantó en nuestro recorrido hacia la Ciudad de La Habana. Mientras lo seguía, meditaba sobre el nuevo responso recibido de su parte, convencido que si bien no me resultaba fácil seguirlo, mucho más difícil me resultaría alcanzarlo.



El Che en un trabajo voluntario en el Puerto de La Habana.



El Che y Orlando Borrego en un trabajo voluntario (1960).

Represalia en la brigada

Todavía hoy se discute por algunos en Cuba, acerca de cuál fue el lugar donde se realizó el primer trabajo voluntario organizado por el Che.

Los fundadores del Departamento de Industrialización tienen bien fresca en su memoria la fecha de ese acontecimiento, pues ha pasado a ser histórico en la vida del comandante Guevara.

En realidad el trabajo voluntario se empezó a conocer como tal a partir de la fecha en que el Che fue nombrado al frente de la industria del país. Eventualmente él participó en otras actividades de ese tipo fuera del sector que dirigía, como fue el caso de una jornada de trabajo físico realizada en la Ciudad Escolar “Camilo Cienfuegos”, en el Caney de las Mercedes, en la antigua provincia de Oriente, el día 26 de noviembre de 1959.

Fue precisamente en el Departamento de Industrialización el día 23 de noviembre de ese mismo año donde por primera vez se organizó, a iniciativa del Che, una jornada de trabajo voluntario. Para esa fecha dicha actividad ya era considerada por él como un elemento fundamental en la educación de los trabajadores y en el desarrollo de la conciencia revolucionaria.

El lugar escogido para aquel trabajo fue el Reparto José Martí, un barrio obrero de la Ciudad de La Habana, con pésimas condiciones de vida, donde se decidió realizar un conjunto de nuevas edificaciones con el fin de hacer desaparecer las ya inhabitables que allí existían.

Casi todos los trabajadores de nuestro departamento partimos para el Reparto José Martí a fin de dar comienzo a aquellas labores, que para muchos era la primera vez que las realizaban.

Por constituir aquel trabajo el primero en realizarse por los compañeros de nuestro departamento, carecía de la más mínima organización. Llegamos muy temprano al lugar ya mencionado y nos encontramos con algunos trabajadores que estaban al frente de la construcción y quienes nos ayudaron a organizar un poco el trabajo.

Ocurrió un hecho muy particular y propio de aquellos tiempos, que hasta hoy conocen muy pocos de los que participaron en aquella inolvidable jornada.

A los pocos minutos de nuestra llegada, los compañeros pertenecientes a la escolta del Che y un reducido grupo de nosotros fuimos advertidos de un posible intento de atentado que se estaba tramando contra nuestro jefe por parte de las fuerzas contrarrevolucionarias de entonces. La advertencia significaba que debíamos de estar alerta, pero sin hacer comentario alguno sobre la información recibida.

El Che fue el primero en tratar de organizar el trabajo de aquel día y para ello nos llamó a quienes, casualmente, estábamos más cerca de él en esos momentos e improvisó una brigada transportadora de prefabricados, compuesta por siete de nosotros, con él al frente.

Entre los compañeros integrantes de la brigada se encontraban el soldado Sergio Cubas (*Cubita*), el compañero Édison Velásquez, tres de las escoltas del Che y yo. El trabajo consistía en trasladar unos paneles de concreto de aproximadamente trescientos kilogramos de peso hasta un lugar que se encontraba a unos doscientos metros, donde debían ser instalados en las estructuras de las edificaciones preparadas al efecto.

Resultó que el peso de aquellos paneles era de tal magnitud que sólo podían ser transportados manualmente sobre unas parihuelas (artefacto compuesto de dos varas gruesas, con unas tablas atravesadas en medio, donde se coloca la carga para llevar entre dos) las cuales fueron improvisadas con tal objetivo. En lugar de dos varas de madera, hubo que colocar tres, para que los siete hombres encargados de la transportación pudiéramos manipular el peso de aquellos prefabricados.

El Che se puso al frente de la brigada, por lo que ocupaba el puesto delantero conjuntamente con Cubita, pues éste por ser un poco más alto que él lo sobrecargaba, aún más, por la inclinación de la parihuela.

El caso fue que la manipulación de aquellas piezas se complicó de tal forma que en medio del trayecto nuestros brigadistas delanteros comenzaron a protestar. El Che se quejaba, bien molesto, de que además del peso insoportable, él sentía que los que estaban situados detrás estaban empujando la carga hacia adelante.

Llegó un momento en el cual la protesta se convirtió en un insulto hacia mí por no poner orden, y le tuve que explicar que el que empujaba era Édison, quien estaba ubicado en la parte trasera, entre los

dos miembros de la última pareja. Édison respondió a gritos, con la frase siguiente, dirigida a nuestros queridos delanteros: “Está bueno ya de tantas protestas, los que quieran quejarse que vayan al Hospital de Maternidad Obrera, aquí hay que venir a trabajar”.

La risotada fue casi general, pero el Che no asimiló para nada el chiste. Así llegamos al final del trayecto a punto de soltar al suelo la dichosa parihuela. Fue entonces cuando el Che tomaría una justa represalia contra el empujador de la brigada: “En el próximo traslado a realizar y en todos los demás hasta el final de la jornada de ese día, decidió, sin derecho a apelación alguna, que Édison ocupara el lugar delantero de nuestra sufrida brigada de constructores”.

A partir de aquella fecha, el trabajo voluntario se convertiría en un ritual de todos los domingos para los trabajadores del Departamento de Industrialización y más tarde, con la prédica del Che sobre su importancia y el apoyo de los sindicatos, se generalizó a todos los demás sectores del país.



El Che junto a varios compañeros del Departamento de Industrialización en el Reparto José Martí el día de la “Represalia en la brigada”.

El canuto en la frente

El Che fue el primer impulsor de la mecanización agrícola en Cuba. Desde los tiempos del Departamento de Industrialización priorizó aquella tarea, comenzando por prestarle una atención especial a la mecanización del corte de la caña de azúcar.

Tal prioridad al corte de la caña obedecía a una necesidad imperiosa para el desarrollo económico de Cuba. En los primeros años después del triunfo de la Revolución se abrieron nuevas fuentes de trabajo en diversos sectores y no era fácil cubrir las necesidades de mano de obra para cumplir anualmente con los requerimientos de la cosecha de la caña.

Para garantizar la zafra azucarera en aquellos años era necesario movilizar cerca de trescientos mil a cuatrocientos mil trabajadores permanentes durante, aproximadamente, cinco o seis meses al año.

Además del ahorro de fuerza de trabajo por el aumento de la productividad, el hecho de mecanizar el corte de la caña significaba humanizar, apreciablemente, el rudo trabajo de los cortadores de caña, el cual constituía una de las labores más agobiantes y peor pagadas en el país. Por todas esas razones, el Che se entregó en cuerpo y alma al impulso de la mecanización cañera.

Como Ministro de Industrias, el comandante Guevara creó todas las condiciones organizativas, incluyendo la selección del personal de toda confiabilidad para encargarse del proyecto de mecanización.

El Ministro seguía a diario los trabajos del Departamento de Asuntos Especiales, el cual era el encargado de dirigir todo lo relacionado con el diseño, construcción y puesta en marcha de las máquinas alzadoras y cortadoras de caña.

Cuando las primeras máquinas cortadoras (combinadas) estuvieron listas, el Che me retó a una competencia para ver cuál de los dos era capaz de cortar más caña en una jornada de 12 horas.

El lugar seleccionado para aquella emulación fue en los campos cañeros aledaños al central azucarero Cuba Libre en la provincia de Matanzas.

Aceptado el reto nos trasladamos en la fecha indicada al Cuba Libre donde nos esperaban el administrador del central y otro numeroso grupo de compañeros.

Inmediatamente nos dirigimos a los campos cañeros donde estaban situadas nuestras respectivas combinadas, junto a una dotación de mecánicos para cada una de ellas, quienes serían los encargados de su reparación cada vez que se produjera una interrupción en las labores de corte.

Se establecieron determinadas normas de trabajo, como: el establecimiento de un horario de media hora de descanso a la mitad de la jornada para almorzar y recuperar energías. Para calmar la sed teníamos garantizado el suministro de agua, pero no era necesario parar las máquinas, por lo que lo hacíamos sobre la marcha.

Se seleccionaron las áreas de corte, que contaban con caña suficiente para toda la jornada de trabajo. La ubicación de los campos permitía que con frecuencia los competidores se encontraran muy cerca uno del otro y aprovecharan aquellos encuentros para retarse con gritos de entusiasmo sobre las ventajas mutuas que cada uno se adjudicaba, o para burlarse sobre las frecuentes roturas de cada una de las combinadas.

El corte empezó a las seis de la mañana y a las cuatro de la tarde el Che llevaba cierta ventaja, quizá debido a la alta eficiencia de los mecánicos reparadores de su combinada, quienes en un dos por tres arreglaban las frecuentes roturas.

El trabajo era agobiante a causa del calor y de la gran cantidad de polvo y otras impurezas que despedían las cuchillas cortadoras de las combinadas. El Che sufría tremendamente aquellas condiciones, producto del asma que hacía de las suyas en medio de la gran polvareda.

Cerca de las 5 de la tarde, cuando la competencia estaba en su fase más encarnizada, nuestras dos máquinas se encontraron a una corta distancia y entonces se produjo un incidente, aquello por suerte no fue grave, pero sentó un precedente inolvidable como para que ahora se recuerde: De la cuchilla cortadora de la máquina que yo tripulaba, se disparó un canuto (parte que media entre nudo y nudo de la caña de azúcar) a velocidad supersónica y fue directamente a proyectarse contra la frente del Che, golpeándolo con tal fuerza que de inmediato le hizo un hematoma.

Los “ayudantes” del Comandante quisieron prestarle servicios de primeros auxilios, pero él se negó rotundamente y continuó a toda máquina, profiriendo los peores insultos por la “agresión” de que había sido víctima.

Al final de la contienda el Che me había ganado la emulación, pero, además, me había dejado en tan males condiciones físicas que tuve que acudir a un hospital cercano, en el pueblo de Colón, para aplicarme un tratamiento de aerosol, producto del ataque gripal que se me había desatado a causa de la gran cantidad de polvo que había aspirado durante la fatigosa jornada.



El autor en plena faena el día de la competencia.

El asado y otras lecciones

Continúo con mis recuerdos y esta vez haciendo referencia a esa necesidad vital de todo ser humano que es la de alimentarse con regularidad para recuperar sus energías físicas y mentales. Tal enunciado no debe considerarse, a los efectos de estas notas, como una definición extraída de un manual de economía política, sino como una forma de decir algo, que en lenguaje cubano no tiene otra interpretación que: hay que comer todos los días y hacerlo de la mejor forma posible.

Pues bien, tan pronto el Che tomó posesión como Ministro de Industrias dictó las instrucciones pertinentes para que los dirigentes del organismo recibiéramos la misma alimentación que la del resto de sus trabajadores. Por razones de nuestro horario de trabajo, tanto el Ministro como nosotros, no podíamos asistir al comedor general en las horas que lo hacían los demás trabajadores, por lo cual se habilitó un local para ese fin. Lo único que distinguía a nuestro comedor era el retraso de los comensales a la hora de comer, y por ello era necesario calentar de nuevo la comida todos los días.

En cierta oportunidad que estuvo enfermo, atacado por sus frecuentes crisis asmáticas, rechazó una dieta reforzada que se le ofreció, aduciendo que lo consideraba un privilegio inaceptable en momentos en que el país sufría determinadas limitaciones alimenticias producto del bloqueo económico que ya hacía sentir sus efectos sobre la población.

Por aquella misma época se encontraban en Cuba sus dos entrañables amigos argentinos, José (*Pepe*) González Aguilar y Alberto Granado. Uno de ellos le propuso festejar el encuentro con un asado que prepararían ellos mismos en el propio edificio del Ministerio. Ante la insistencia de sus amigos el Che aceptó cortésmente, pero puso dos condiciones: que adquirieran la carne de su peculio personal y que limitaran su oferta gastronómica a unas pocas costillas de res y no a carne de más alta calidad.

Surgió otro inconveniente imprevisto; encontrar el lugar en el edificio con la suficiente ventilación como para que no se arruinara el disputado asado argentino con costillas cubanas. Al final se decidió que se hiciera en el techo del edificio; lugar al que fui invitado por los amigos del Che.

Cuando calculé que ya estaba preparado el festín, subí con no pocas dificultades al techo del edificio. Era una noche ventosa y me encontré a los experimentados asadores tratando de controlar la fogata que ya había chamuscado una buena parte de las infortunadas costillas.

Estuve observando la ventilada maniobra y aduje que aquello terminaría en un buen amasijo de huesos calcinados. Finalmente subió el Che, fatigado por el asma y por la risa.

Más por entusiasmo que por otra cosa comenzamos a "roer" aquellas costillas casi desprovistas de carne, pero bien "adobadas" por la proverbial austeridad del Che y por el cálido ambiente de amistad imperante entre los participantes de aquella divertida aventura.

Debo agregar una coletilla a este pasaje sobre algo sucedido poco tiempo después con uno de los participantes del chamuscado asado, el cordobés Alberto Granado. En este caso el chamuscado fui yo.

El Che se encontraba platicando una noche con su querido amigo en su oficina, cuando tuve que hacer mi entrada para informarle sobre un asunto de rutina en nuestro trabajo. Traté de retirarme para volver luego, pero me invitaron a participar en la conversación. Los dos se deleitaban, pasándose una bombilla de mate a lo argentino. Como me encontraba sentado entre los dos, me pasaron la bombilla para que sorbiera de la infusión, que acababa de salir de la boca de Granado.

Mi reacción inmediata fue la de no someterme al insólito intercambio bucal, tan desconocido en Cuba, pero me quise hacer el educado y sacando mi pañuelo lo froté con fuerza por donde había absorbido el último mateador. A no dudar había cometido una falta de educación y una verdadera ofensa a los dos amigos presentes.

El Che fue el primero en atacar. Se burló de mí todo lo que quiso, criticando mi reacción, mientras que Granado se ahogaba de risa, secundando a su entrañable compañero de aventuras juveniles. Me defendí como pude, pero al final, opté por no sacar otra vez el pañuelo y tuve que aceptar el intercambio salival con Granado.

Tiempo después, un poco más compenetrado con los hábitos argentinos, aprendí a tomar mate sin los reparos higiénicos de aquella noche, donde hice uno de los más grandes ridículos de toda mi vida.

Otro hecho que ejemplifica la probidad del Che y su sentido del compañerismo, fue lo ocurrido durante una visita a la planta de níquel de Nicaro. Ese día ocupamos prácticamente toda la jornada de la mañana en funciones de trabajo y luego fuimos invitados a almorzar en dicho lugar.

Según conocimos, uno de los compañeros que nos atendía había sido informado de que el Che sentía cierta predilección por los melocotones en almíbar. El hecho fue que a la hora de los postres, nuestro amable anfitrión le sirvió un recipiente con melocotones. El Che miró extrañado a su alrededor y preguntó si le habían servido a todos los demás. Al informarle que no se contaba con melocotones para todos, solicitó retirar el que le habían servido, y advirtió con mucha delicadeza, que el hecho no debía repetirse porque él no tenía derecho a comer nada especial cuando no alcanzaba para todos. Ese día recibimos otra lección ejemplarizante por parte del Che, la cual nos haría admirarlo y respetarlo, aún más, como maestro y patrón a seguir en nuestras vidas.

Esos patrones de conducta los seguiría practicando con sistematicidad, tanto en su vida pública como privada. La firmeza de sus convicciones se manifestaba en cada una de sus acciones cotidianas como por acción refleja, junto a una férrea autodisciplina personal.

En otro orden de cosas, el Che se caracterizó por ser en extremo riguroso y exigente consigo mismo. No aceptó cobrar el sueldo de Ministro y se limitó a recibir el que le correspondía como comandante del Ejército Rebelde, aunque éste representaba prácticamente la mitad del primero. Ese modesto ingreso lo dedicaba a sus gastos domésticos y nunca lo vimos disponer de dinero alguno en sus bolsillos para otros dispendios personales.

Como ya es bien conocido, el Che siempre demostró un gran amor e identificación con su madre. En función de ello propiciaba el que viajara a Cuba regularmente y compartiera su vida familiar. Para ello, trataba, por todos los medios; de sufragar de sus propios recursos el boleto de avión, desde y hacia la Argentina; en evitación de que el presupuesto del Estado asumiera ese gasto.

Sus demás familiares argentinos debían pagar sus pasajes si deseaban viajar a Cuba para visitarlo, ya que él no disponía de ingresos suficientes para hacerlo.

Un halago y un desaire

Reitero que el Che no era un asceta extremista como algunos lo han calificado. En sus relaciones con los demás compañeros tampoco exigía sacrificios o actitudes fuera de la realidad. Mucho menos pretendía que otros hicieran lo que él no fuera capaz de hacer.

También reafirmo que era más exigente con los colaboradores más cercanos que con otros más alejados, aunque excepcionalmente sabía mostrarse cálido y afectuoso con los primeros.

La primera vez que me encontré con el Che en las montañas del Escambray me observó fumando unos cigarrillos norteamericanos. Me calificó de burguesito por practicar ese hábito. Muchos años después me sorprendería con una compensación sobre aquel calificativo.

Por esa época varias líneas aéreas obsequiaban como propaganda a sus pasajeros en vuelo, unas pequeñas cajitas con cinco cigarrillos dentro. Al regreso de un viaje suyo al exterior, guardó dos cajitas de Kent en el bolsillo de su chaqueta y a su llegada me las obsequió, acompañadas del siguiente comentario: *Aquí tienes para que disfrutes de tus hábitos burgueses.*

Efectivamente, disfruté con el mayor gusto aquellos cigarrillos, que aunque no eran de una marca preferida por mí, tenían la cualidad particular de haber sido obsequiados por el Che.

Como contrapartida de esas excepcionales muestras de afecto, tampoco era dado a recibir halagos excesivos por parte de sus allegados o de otras personas.

En relación con este rasgo tan especial de su personalidad también tuve una experiencia personal no muy agradable que digamos.

El Che no daba muestras de parecer muy ordenado en la manipulación de los documentos de su oficina. Encima de su mesa de trabajo era frecuente observar un montón de papeles en aparente total desorden. Sin embargo, él sabía dónde estaba situado cada uno y los ubicaba con la mayor rapidez y facilidad.

Cuando tenía que salir para alguna reunión de trabajo fuera del Ministerio, depositaba los papeles en la misma forma en que aparecían en la mesa y en más de una ocasión observé con preocupación que utilizaba un portafolio abierto por los lados para transportar aquellos documentos.

Ocurrió que en ocasión de una visita mía a la URSS, unos amigos soviéticos me obsequiaron un portafolio de cuero que me pareció muy funcional y, sobre todo, seguro. Tan pronto recibí aquel regalo tomé la decisión de entregárselo al Che para que pusiera a buen recaudo sus papeles.

En la primera reunión de trabajo que tuve con él a mi regreso y, después de despachar los asuntos del viaje, le mostré el portafolio diciéndole que era un regalo que me habían hecho en Moscú y que se lo obsequiaba para que guardara sus documentos. Todavía desconozco qué fue lo que interpretó exactamente de mis palabras, porque cuando ya tenía en sus manos el portafolio me "disparó" a boca de jarro una de las suyas*: ¡Qué rápido te enseñaron los soviéticos a ser adulón, que te vienes con ese regalo!*

Me había tocado por un lado que no podía aceptar, aún cuando observé que me lo decía a título de broma. Me recordé de inmediato sobre algo que desde niño me advirtió mi padre; que lo peor que podía hacer un hombre era ser borracho, mentiroso y adulón a los jefes.

Como haciendo un acto de magia le retiré el regalo de las manos. Se reía a más no poder ante mi reacción, cosa que no me hizo ninguna gracia. Me despedí de él con la mayor cortesía que pude, llevándome el obsequio debajo del brazo. Al salir de la oficina, escuché que me decía*: ¡Hasta luego, Vinagreta!*



El autor en su primera comparecencia en televisión en el año 1961.

Miedo escénico

La mayoría de los que tuvimos que asumir determinadas responsabilidades en la administración del Estado revolucionario en los primeros años después de la liberación del país, no teníamos experiencia alguna acerca de las funciones que se nos asignaron. Hubo que aprender sobre la marcha y estudiar lo más posible para lograr realizar nuestras tareas con eficiencia.

Conscientes de la profundidad de los cambios que se producían acorde con el programa revolucionario concebido por Fidel desde el asalto al Cuartel Moncada, tampoco rehuíamos esas responsabilidades ante la evidencia de la falta de personal calificado para realizarlas. Buena parte de los directivos de las empresas y técnicos de las industrias nacionalizadas se marcharon del país, respondiendo a sus intereses de clase.

Personalmente me encontraba entre los tantos inexpertos con que contaba nuestra administración pública, y por lógica me sumé a la mayoría a sabiendas de mis grandes limitaciones.

El magisterio permanente del Che jugó un papel fundamental para adentrarnos en ciertos conocimientos elementales acerca de la dirección de la industria nacional la cual se nos había confiado administrar. Nuestro jefe tampoco poseía conocimientos especializados de tipo industrial, aunque contaba con una conocida vocación para esos menesteres. Desde la época de la guerra se había dedicado a organizar pequeñas industrias en las montañas para la subsistencia del Ejército Rebelde. Como varias veces afirmara el Che, fuimos aprendiendo a tropezones en busca de lo que todavía era una intuición apenas.

De todas formas, cualquier ser humano con el mínimo de honestidad, debe ser consciente de determinadas barreras que le resultan infranqueables de acuerdo a sus capacidades. Mis barreras eran muchas, pero existía una para lo cual me consideraba totalmente incapacitado. Se trataba de la imposibilidad de sobreponerme al miedo

escénico que me provocaba el sólo pensar en que debía situarme frente a un micrófono para pronunciar tan sólo dos palabras.

Ante esa realidad, me las arreglaba para rehuir cualquier presentación pública donde tuviera que hacer uso de la mencionada tecnología de comunicación. Si me aterraba esa eventualidad, resulta obvio que si se trataba de la televisión, el miedo se convertía en pánico, muy superior al que puede sentir un enfermo de claustrofobia cuando lo encierran.

Como la aventura burocrática guarda muchas sorpresas, un día me llegó la hora de dar el salto sobre la barrera del miedo escénico y sin contar con ningún entrenamiento previo.

A los pocos meses de creado el Ministerio de Industrias, el Che fue invitado a un canal de televisión para explicar la organización y las tareas principales del organismo recién creado. La comparecencia incluía una información al pueblo sobre las líneas de desarrollo industrial que planteaba llevar a cabo la Revolución.

Durante más de una semana todos los viceministros del organismo desarrollamos una maratónica jornada de búsqueda de información a requerimiento del Ministro para su conferencia televisiva. Yo sería el encargado de controlar y ordenar los datos solicitados por nuestro jefe.

Debo agregar que todos los trabajadores del Ministerio estaban muy entusiasmados ante la expectativa de ver al Che ante la televisión explicando las múltiples tareas que estábamos desarrollando.

Llegó el día anunciado para la conferencia y conocíamos que el Ministro estaba concentrado en su oficina dando los toques finales a su elaborada exposición. Sucedió entonces otro de los hechos insólitos que con frecuencia se presentaban en aquellos tiempos.

Justo a las doce del día, el Che me llamó a su oficina y con la mayor tranquilidad del mundo me informó:

Prepárate para que vayas a la televisión esta noche, acabo de ser llamado de urgencia para una reunión importante del Gobierno y no puedo ir a la comparecencia.

Al escuchar al Ministro, pensé que era una broma más de las que a veces usaba con sus colaboradores. Le pregunté si le hacían falta datos adicionales y ni por asomo creí lo que acababa de decirme. Tomó pose de mayor formalidad y me contestó que no era ninguna broma, que tomara la montaña de documentos que tenía sobre la mesa y me fuera inmediatamente a preparar mi conferencia. Me di cuenta que estaba hablando en serio y, por primera, vez me negué rotundamente a cumplir sus órdenes.

Mis argumentos se pueden suponer. Estiré la dialéctica al máximo que pude, pero el Che parecía sordo a mis reclamos. Tomó los papeles de la mesa y me los entregó, manifestándome que me quedaba poco tiempo para prepararme y que todo me saldría bien. Salí de su oficina y me encaminé a la mía como si me llevaran directamente al patíbulo.

Me encerré en la oficina y comencé a revisar aquel cúmulo de cifras, tratando de controlar el nerviosismo. Lo que más deseaba era que se suspendiera la anunciada reunión de Gobierno de que me había hablado el Che. A las seis de la tarde culminé mi azarosa labor de revisión, completamente atiborrado de datos sobre la industria cubana. Me quedaban dos horas para presentarme ante las "tenebrosas" cámaras de la televisión.

Me marché a mi casa con precipitación y después de tomar una ducha bien fría, hice acopio de serenidad para ponerme en forma. Nunca he sido bebedor, salvo en días de fiesta u ocasiones excepcionales, pero en aquellos momentos sentí que algo me faltaba para el salto final de la barrera. Me tomé media copa de ron blanco y salí para la televisión. Aunque no le recomiendo a nadie el uso de esa medicina, debo confesar que me causó mejor efecto que el más efectivo de los ansiolíticos conocidos hasta entonces.

Por primera vez voy a revelar otro recurso que utilicé cuando ya me encontraba ante las cámaras. Me acordé de una conocida frase de Fidel donde afirmaba que lo peor que uno puede hacer cuando es amenazado por una fiera es demostrarle miedo. No pretendía comparar a los periodistas que me iban a entrevistar con las fieras aludidas por Fidel, pero para mí aquellas circunstancias me parecieron similares y decidí utilizar el recurso sugerido por el Jefe de la Revolución.

No voy a someter a los lectores al aburrido relato de las cifras y los datos, ya añejos, de la industria cubana que me tocó exponer, ni a las agudas preguntas de mis entrevistadores. Sólo puedo decirles, que al final de la conferencia, mi preocupación mayor era lo que opinaría el Che sobre aquella improvisada comparecencia. Al otro día le pregunté su opinión sobre la tortura a que me había sometido. Me miró, como si nada hubiera pasado y me contestó*: Pasaste el examen y me parece que no te mereces un suspenso.*

Todavía hoy le temo más a las cámaras y a los micrófonos, que los gatos al agua fría.

El supervisor desaforado

Al decir del Che, la Sección de Supervisión, Inspección y Auditoría del Departamento de Industrialización representaba los ojos y oídos de aquella institución. Si bien exigía a todos los jefes que debían practicar con el ejemplo como vía para hacer valer la ética revolucionaria, en el caso específico del jefe de la sección ya señalada, su exigencia era mucho mayor. Al crearse el departamento ocupó el cargo de jefe de esta sección Édison Velásquez.

Por esa época, solíamos solicitar el traslado de algunos trabajadores administrativos de las fábricas o las empresas para reforzar el trabajo en el Departamento de Industrialización recién creado.

En una oportunidad hicimos ese tipo de pedido a la empresa textil, solicitando el traslado de una empleada para trabajos como secretaria.

Un día de tantos, se apareció al departamento una muchacha muy joven para ocupar el puesto ya señalado. La joven, además de su trabajo habitual, pertenecía a un grupo de ballet. Comenzó sus labores de rutina y con frecuencia se le veía a altas horas de la noche caminando por los pasillos de nuestras oficinas, trasladando documentos de un lugar a otro.

Como detalle imprescindible hay que señalar que la grácil jovencita caminaba haciendo valer lo observado en el ballet; cabeza erguida, y como haciendo flotar su figurita a cada pisada.

Muy pronto nuestra trabajadora comenzó a ser "muy admirada" por algunos jóvenes pertenecientes al departamento y no pocos de los aludidos hacían un giro, no muy discreto, cuando la veían pasar. Entre aquellos mirones hubo algunos que le llamaban a la joven "la sirenita".

Entre esos asiduos observadores se encontraba nuestro jefe de supervisión, precisamente el funcionario más comprometido con el calificativo de ser ojos y oídos del departamento.

Si bien no faltaban los "pescadores" que estaban muy interesados en "tirarle el anzuelo" a la muchachita para ver si "lo picaba", ninguno

tuvo la osadía de hacerlo sin tomar todas las medidas de precaución que el caso ameritaba.

Fue precisamente el jefe de supervisión el que primero tomó la imprevista iniciativa. En la primera oportunidad que se le presentó hizo buen uso de sus "artes de pesca" insinuándosele a la jovencita con evidentes y marcadas intenciones.

Desde aquel primer intento, el arte de pesca no funcionó, y por el contrario la bella muchacha le advirtió con la mayor finura a nuestro querido funcionario, que no la molestara, ya que su único interés en nuestras oficinas era cumplir con las tareas que se le habían asignado.

De acuerdo con el refrán, muy extendido en nuestro país, de que "a las tres va la vencida", nuestro pescador calculó que aún le faltaban dos intentos más para llegar a los promisorios objetivos que se proponía.

Como buen supervisor se las arregló para encontrar el número de teléfono de la chica y pronto hizo eficaz uso del gran invento de Graham Bell. Realizó una llamadita a la hora que la consideró en su hogar y volvió a lanzar el anzuelo, esta vez a través del hilo telefónico y a más larga distancia que la vez anterior. De nuevo, ella le hizo una segunda advertencia, en esta ocasión con implicaciones más riesgosas que cuando la primera insinuación; le manifestó que si volvía por la tercera se tendría que olvidar del famoso refrán para el resto de su vida, porque sería necesario informarle de todo al Che.

Si lo de los ojos no le había preocupado mucho la vez anterior, en ésta, el supervisor tampoco le prestó atención a los oídos, que le habían servido para escuchar la peligrosa advertencia.

Y, efectivamente, volvió por la tercera, y por vía telefónica, confiado en lo infalible que le resultaría el conocido refrán. La sentencia estaba dictada.

El Che fue informado de las frustradas acciones del supervisor con su anzuelo, del primer intento del pescador; y de las reiteradas llamaditas telefónicas.

No habían pasado dos horas de haber recibido aquella información, cuando el Che me hizo llamar a su oficina. Tan pronto entré me informó los detalles de todo lo sucedido con el compañero Édison y me trasmitió las siguientes instrucciones, irrevocables:

Llama inmediatamente a Édison y le dices que averigüe cuál es la primera embarcación que zarpa para Cayo Largo del Sur. Que se

embarque en ella y que permanecerá allí por espacio de seis meses, para que rectifique sus ímpetus juveniles y el mal uso que ha hecho de su cargo y que si cumple con toda disciplina ese mandato, cuando regrese será reintegrado a su puesto de jefe de supervisión.

Hice uso de mis no muy amplias prerrogativas, y, traté de ayudar a mi amigo, solicitándole al Che que suavizara la sanción que acababa de imponerle; pero fracasé desde los primeros intentos.

De inmediato llamé a Édison y lo impuse acerca de las instrucciones de nuestro jefe. Utilizó todos los argumentos para justificar sus acciones de pesca, haciendo buen uso de su profesión; pero sin resultado alguno. Por último, tuvo que aceptar la medida y fue por sus enseres personales para embarcarse en la primera oportunidad para Cayo Largo.

A estas alturas de mi relato, resulta imprescindible una breve referencia sobre el tan mencionado cayo.

Se trataba en ese entonces de un solitario paraje al sur de la isla, que por su interés estratégico para la seguridad del país, se comenzaba a poblar con compañeros, en su mayoría del Ejército Rebelde, con el objetivo de llevar a cabo una serie de construcciones que aseguraran parte de la protección ya señalada.

Todo estaba por hacer en el lejano lugar y, para garantizar la vida de sus nuevos pobladores, se les enviaban provisiones de agua y otros alimentos en una patana que hacía el viaje dos veces al mes, aproximadamente. Nuestro supervisor tendría que unir sus pocas habilidades manuales a la de los compañeros que se encontraban allí para hacer un buen uso de las palas y los picos y llevar a cabo las nuevas construcciones. Contaba con una sola ventaja: se había desempeñado como profesor de Educación Física en un reconocido plantel de la Ciudad de La Habana; el Candle College.

Como aclaración, y no como promoción de turismo, debo decir que en la actualidad aquel cayo se ha convertido en una de las áreas más importantes para el desarrollo turístico, con un aeropuerto internacional y varios hoteles de alta calidad.

Pues bien, como encargado de darle seguimiento a las instrucciones del Che, me mantenía al tanto periódicamente del comportamiento de nuestro eficiente supervisor en el Cayo.

Debo decir, en honor a la verdad histórica que, todas las informaciones que me llegaban eran altamente favorables al querido sancionado, e inmediatamente que las recibía se las hacía conocer al Che.

Pasados cuatro meses de la sanción, se me acercó Enrique Oltuski, que en aquel entonces ocupaba el cargo de jefe de la Sección de Organización, y que también estaba al tanto de la actitud positiva de Édison, y me exigió que hablara con el Che para dar fin a la sanción del compañero. Me repetía con insistencia que ya era suficiente con la estancia pasada en Cayo Largo y que debíamos retornarlo a sus funciones en La Habana.

Traté de convencer a Enrique de lo improcedente de su propuesta y me negué rotundamente a trasmitírsela al Che. Éste no me hizo el menor caso y me respondió que él hablaría con el Comandante, seguro que lo convencería para que diera por terminada la sanción.

Salió de mi oficina y se dirigió a la de nuestro jefe para discutir el controvertido asunto.

El Che lo recibió como siempre y se dedicó a escucharlo atentamente. Oltuski se convirtió en un buen abogado de defensa y echó mano a todas las argumentaciones posibles en favor del sancionado, convencido de que el Che aceptaría sus reclamos.

Terminada su exposición, su jefe lo miró fijamente y sin inmutarse pasó a expresarle lo que sigue:

Me has dado una magnífica oportunidad para felicitarte por una cualidad que hasta ahora desconocía sobre tu persona. Acabo de darme cuenta de tu espíritu solidario con los demás compañeros, y en consideración a ello te propongo que mañana mismo partas para Cayo Largo y así te sentirás muy feliz, acompañando a Édison hasta que termine su sanción, que por otra parte no estoy dispuesto a retirar hasta que no la cumpla totalmente. Así que te deseo un buen viaje y que la pases bien en el Cayo.

Oltuski se dio cuenta que había perdido la pelea y de inmediato rindió sus armas, notificándole que ni por asomo se iría para el Cayo, por más amigo que fuera de Édison. Dejó constancia de su desacuerdo con el Che y le pidió permiso para retirarse.

De esta forma, nuestro supervisor cumplió con honor su sanción y el mismo día que ésta llegó a su fin, el Che me preguntó cuándo llegaba Édison a La Habana. Pasaron tres días y nuestro amigo no hacía acto de presencia en el departamento, ni en su casa.

El Che me volvió a preguntar por él y no pude darle ninguna respuesta satisfactoria. Por fin, al cuarto día, Édison se apareció en mis oficinas con el rostro muy descansado; y, como siempre, maletín en mano en pose de supervisor.

Cuando le pregunté acerca de su demora en llegar, me contestó que había aprovechado el buen ambiente reinante en el puerto de Batabanó, donde había desembarcado, para echar una ojeada por el entorno; bien justificada según decía, dado el tiempo de abstención que había pasado en el Cayo.

Por su respuesta y por el lugar de su desembarco en la isla, pude deducir que en esa ocasión había tenido mejor suerte y más habilidad en el uso de sus artes de pesca.

Después de presentarse a su jefe y éste felicitarlo por su actitud, comenzó otro vía crucis para Édison, ya que el Che le exigió que debía ofrecerle una detallada explicación a sus subordinados acerca de las razones de la sanción, antes de ocupar, nuevamente, su cargo.

Muy a su pesar, el Jefe de Supervisión dio cumplimiento a las indicaciones del Che, y de esta forma pudo recuperar el atributo de volver a ser: ojos y oídos del Departamento de Industrialización.

El anticomunista

El pensamiento de José Martí fue la guía política y espiritual de Fidel Castro desde que dio sus primeros pasos en la lucha revolucionaria. En su defensa en el juicio por el asalto al Cuartel Moncada declararía con toda firmeza que el autor intelectual de aquella acción era José Martí.

Durante toda la etapa de lucha, hasta el triunfo de la Revolución, las ideas de Martí presidieron todas las acciones llevadas a cabo por Fidel y los principales líderes revolucionarios. Entre esas ideas estaba la concepción martiana de la unidad revolucionaria.

En fecha tan temprana como 1887 ya Martí había enunciado como objetivo fundamental del programa revolucionario el de unir con espíritu democrático, y en relaciones de igualdad, todas las emigraciones, y el de impedir que las simpatías revolucionarias en Cuba se desviaran, por algún interés de grupo.

Terminada la Guerra de Independencia y durante toda la etapa de la seudo república, poco se hizo por los políticos de turno por lograr la unidad nacional y evitar la división en la sociedad cubana. Eran elementos naturales del propio sistema político imperante.

La propaganda política en manos de los defensores de los peores intereses, hizo todo lo que estuvo a su alcance por denostar a las organizaciones políticas de izquierda. El anticomunismo se entronizó en el país y el solo hecho de ser calificado de comunista implicaba el peor rechazo por todos aquellos que no tuvieran cierta educación política o que, por otras razones, contaran con alguna conciencia revolucionaria.

Al triunfo de la Revolución, la mayoría de los jóvenes que habíamos participado en la lucha en montañas y ciudades arrastrábamos aquellos prejuicios, al extremo de sentirnos ofendidos si alguien cometía el atrevimiento de calificarnos de comunistas.

A pocos meses de encontrarnos en el Regimiento de La Cabaña en La Habana se decidió la creación de las Fuerzas Tácticas del Centro, y todos los integrantes de nuestro regimiento nos trasladamos disciplinadamente para la provincia central a ocupar nuestras nuevas responsabilidades en el Regimiento Leoncio Vidal en la ciudad de Santa Clara.

El cambio desde La Habana para Santa Clara resultó muy brusco para la mayoría de los oficiales y demás integrantes de nuestro movilizado regimiento, especialmente al tener que abandonar ciertas distracciones nocturnas que eventualmente nos estaban permitidas en la capital de la república.

Tan pronto llegamos a Santa Clara, muchos de nosotros nos las arreglamos para encontrar nuevas distracciones en aquella ciudad. Unos de los lugares elegidos y más visitado con cierta frecuencia, fue el Cabaret Venecia, quizás el centro nocturno más cotizado por los villareños.

Una noche que hacía mi entrada al famoso cabaret, acompañado de varios oficiales de nuestro regimiento, observé que sentados frente a la puerta de entrada y casi obstaculizando el paso, se encontraban dos jóvenes con características de boxeadores o practicantes de karate, que nos miraron muy despectivamente. Inmediatamente, escuché que uno de ellos; dirigiéndose al otro, en alta voz, le decía: "Mira al tenientico comunista de mierda que va entrando".

En verdad lo de mierda era algo imperdonable como irrespeto a mi uniforme de oficial del Ejército Rebelde, pero lo que más me había ofendido era lo de comunista, y de inmediato me abalancé contra el sujeto, que saltando de donde estaba se me enfrentó de lo más confiado.

Desgraciadamente, no salí muy bien parado de aquel incidente porque en efecto mi contrincante se defendió de mi ataque haciendo uso de sus artes marciales y de un tirón me regó por el suelo con pistola y todo. Gracias al inmediato auxilio de los demás oficiales que me acompañaban, aquella riña no pasó a males mayores, y a los pocos minutos estábamos disfrutando del *show* del Venecia sin ser molestados.

Pasaron los años y en 1961, se crearon las Organizaciones Revolucionarias Integradas (ORI) primer paso para la organización del Partido Unido de la Revolución Socialista de Cuba (PURSC) y más tarde Partido Comunista de Cuba (PCC). De esta forma se comenzó a consolidar oficialmente nuestra unidad revolucionaria.

Al crearse las ORI, pronto fue designado una suerte de delegado o comisario que atendería a nuestro Ministerio de Industrias por parte de la dirección nacional de la organización. Para esa fecha ya empezaban a sufrirse los primeros indicios negativos del sectarismo dentro de aquella naciente organización política y todos en nuestro Ministerio, estábamos preocupados y en posición de alerta acerca de quién sería el delegado o comisario que nos sería asignado.

Muchos no entendíamos el por qué de un delegado para nuestro organismo, si el Che era el Ministro y formaba parte de la dirección nacional.

Todas esas preocupaciones se convirtieron en "comidilla" entre nosotros pero no se nos ocurría ni plantearlas al Che ni comentarlas con otras personas fuera del organismo. Lo consideramos un "pecado" de alta indisciplina y aguantamos calladitos hasta la llegada del esperado delegado o comisario político de las ORI.

Por fin conocimos el nombre del tan esperado compañero que nos atendería políticamente a partir de entonces: Se trataba de Manuel Luzardo, viejo militante del Partido Socialista Popular y miembro de la Dirección Nacional de las ORI

Pronto supimos que el Che se había encargado de acompañar a Luzardo a cada una de las oficinas de los dirigentes del Ministerio para hacer personalmente las presentaciones de rigor.

Efectivamente, un día lunes, muy temprano, se me anunció por el secretario del Ministro que a las nueve de la mañana mi jefe estaría en mi oficina con Luzardo para la anunciada presentación.

A la hora señalada hizo su entrada el comandante Guevara seguido de Manuel Luzardo. Sin tomar asiento, el Che se dirigió a su acompañante y procedió a la presentación, pronunciando, con la mayor seriedad, las siguientes palabras:

Pues bien, Luzardo, ya te he presentado a los demás viceministros, este es el teniente Orlando Borrego, viceministro primero del organismo y el más anticomunista de todos con los que tendrás que coordinar tu trabajo a partir de hoy.

Yo no conocía a Luzardo y no encontraba cómo salir del aprieto. Él, por su parte, parecía visiblemente apenado y optó por mostrar una risita nada espontánea. Luego, el Che y su acompañante, tomaron asiento y hablaron unos minutos acerca de las funciones que yo desarrollaba en el organismo.

Cuando los dos se marcharon de mi oficina, de lo primero que me acordé fue del “insulto” recibido por el karateca de Santa Clara al llamarme “comunista de mierda”. ¡Cómo habían cambiado los tiempos! Ahora con quien me ofendía era con el Che por usar la broma de presentarme como anticomunista. Así eran las cosas en nuestra Revolución en los primeros años.

Debo decir con toda honestidad, que durante casi dos años tuve que coordinar múltiples actividades políticas con el compañero Luzardo y nunca tuve la menor queja de la forma en que trató aquellos asuntos. Su trato fue siempre afectuoso y comprensivo, frente a una que otra expresión de inmadurez política producto de nuestra extremada juventud y de los rezagos del pasado que nos tocó vivir en nuestra querida isla de Cuba.

El secretario personal

José Manuel Manresa fue el secretario personal del Che durante la época en que éste ocupó el cargo de Jefe del Departamento de Industrialización, Presidente del Banco Nacional de Cuba y Ministro de Industrias.

Manresa, como todos empezamos a llamarle, trabajaba como soldado mecanógrafo en las oficinas de la jefatura del regimiento de La Cabaña en La Habana cuando las tropas al mando del comandante Guevara ocuparon dicho regimiento, inmediatamente después del triunfo revolucionario.

Pocos días después del arribo de las tropas rebeldes, el soldado Manresa, siguiendo con todo rigor las normas del conducto reglamentario, le solicitó una entrevista personal al nuevo jefe del regimiento. El Che recibió a su subordinado al día siguiente, preguntándole de inmediato cuál era el objetivo de la solicitud.

Manresa se mantenía en posición de atención, esperando a que su jefe lo autorizara a sentarse. Cuando el Che, sin mucha circunspección, le señaló el asiento, el soldado atendió a su llamado, situándose de tal forma que parecía estar presenciando un desfile militar. Su respuesta fue la siguiente: "Comandante, yo soy soldado mecanógrafo de esta oficina, como usted conoce. Considero, que existiendo muchos revolucionarios pertenecientes al Ejército Rebelde como los que han llegado a este regimiento, no es justo que yo continúe en el cargo que ocupo, por lo que vengo a solicitarle mi licenciamiento".

El Che escuchaba con la mayor atención a Manresa. Pensó que aquel hombre sería más explícito en su exposición, pero no resultó así, ya que el joven soldado no articuló una palabra más. Entonces el Che le preguntó: *¿Qué piensa hacer usted cuando abandone el regimiento de La Cabaña?* a lo que Manresa contestó con una más "detallada" explicación: "Bueno, Comandante, yo tengo un hermano que

tiene una finquita por allá, cerca de Cienfuegos, y pienso que quizá pudiera trabajar con él y así ganar unos pesos para mantener a mi familia".

El comandante Guevara se reclinó en su asiento y mordiendo su tabaco, sonrisa de por medio, le pidió a Manresa que le mostrara sus manos. El soldado sorprendido se puso de pie y con evidente timidez se acercó al Che mostrándole las manos sin entender absolutamente a qué se debía el examen. El Che rió y, mirándole de lado, le preguntó:

¿Y usted cree que con esas manos de oficinista se podrá ganar unos pesos en la finca de su hermano? Pero, además, por qué se marcha si a usted nadie lo ha despedido ni hemos desmovilizado todavía a ninguno de los miembros del ejército anterior.

Entonces Manresa exteriorizó otra idea, que al parecer llevaba reservada por si se le presentaba una ocasión propicia: "Mire, Comandante, yo me alegro que usted me haya tratado de esta forma, porque yo he pensado que si no me va bien en la finquita de mi hermano, a lo mejor puedo venir a verlo, si usted me lo permite, y quizá me pueda ayudar a buscar otro trabajito". *Está bien*, le contestó el Che, *y ojalá que tenga éxitos*, despidiéndose de esta forma del soldado Manresa.

Pasaron dos meses aproximadamente y encontrándome yo despachando con el Comandante en la casa de Tarará, en ocasión de encontrarse enfermo, entró uno de sus escoltas y le anunció que allí se encontraba el antiguo soldado Manresa y que solicitaba hablar con él. El Che le comunicó que esperara y que cuando terminara nuestro despacho lo recibiría. Yo me marché al final de mi reunión, aunque confieso que me fui muy interesado en cuál sería el resultado de aquella entrevista, ya que el Che me había puesto en antecedentes sobre el curioso caso de Manresa.

Luego éste último me contaría que el Che lo había recibido muy sonriente y de nuevo le pidió que le mostrara las manos. Cuando Manresa le mostró el mal estado de las mismas, el Comandante echó una carcajada diciéndole: *Se lo advertí, pero usted no me quiso hacer caso. ¿Y qué se le ofrece ahora?* A lo que él respondió: "Bueno usted se acuerda que yo le dije que si me iba mal, vendría a verlo de nuevo para lo del trabajito".

El Che se quedó pensativo, pero no encontró una respuesta satisfactoria para Manresa en aquellos momentos. Le dijo que hasta que

encontrara un trabajo definitivo para él, le pedía que de ser posible le ayudara en la mecanografía y salida de una gran cantidad de correspondencia que se había acumulado con motivo de su enfermedad y que se encontraba en otra habitación de la propia casa.

Manresa aceptó gustoso y pasó de inmediato, ese mismo día, a ocupar su antiguo puesto de mecanógrafo, aunque en un lugar completamente distinto y con un jefe que nada tenía que ver con los modales castrenses del que había tenido en el gobierno anterior.

Pasaron los días y los meses y Manresa se fue quedando a cargo del trabajo de mecanografía en las oficinas del Che. De esta forma se convirtió en su secretario personal, sin que mediaran los trámites formales de los nombramientos oficiales de antaño. Tal designación se produjo como justa recompensa a su consagración en el trabajo y su lealtad a toda prueba con su nuevo jefe.

Había sido merecedor de la confianza que en él había depositado el comandante Guevara; una prueba más de la calidad humana del Che y de la confianza que éste era capaz de tener en los demás seres humanos sin llevarse por falsos conceptos o convencionalismos.

Al crearse el Departamento de Industrialización, fui llamado por el Che para colaborar con él en aquella tarea. Entre los fundadores de aquel departamento se encontraba Manresa. A partir de entonces establecimos una relación de trabajo muy cercana, lo que me permitió conocer más estrechamente al antiguo soldado de La Cabaña.

Entre las características más destacadas de aquel hombre, estaba su discreción más absoluta. Era muy difícil conocer por medio de Manresa cualquier información por simple que fuera, si ella no estaba previamente autorizada por el Che. Llegó a conocer de tal forma a su jefe que era capaz de entenderlo hasta por señales.

Me encontraba una mañana en su oficina cuando el Che abrió la puerta de la suya y le emitió una retahíla de palabras casi inaudibles a Manresa. Yo no entendí absolutamente nada de lo pronunciado por el Comandante y, picado por la curiosidad, le pregunté al secretario qué diablos había dicho. Manresa muy circunspecto me respondió: “Muy fácil, me acaba de decir que se va para el Consejo de Ministros y necesita el documento de la carpeta azul que me dio para archivar ayer”. Me quedé medio mudo, pero aquel día me di cuenta de la comprensión empática que el Che había desarrollado con su secretario. También percibí el disfrute personal que éste último expresaba al descifrar, como patrimonio propio, el código personal que mantenía con su jefe.

Para ser fiel a la verdad histórica debo agregar, como en otros pasajes sobre el Che, que éste solía ser más exigente con sus colaboradores más cercanos que con los demás.

El caso de Manresa no fue una excepción de esa regla. Le exigía al máximo en su trabajo y le reclamaba ante la más mínima falla en su labor administrativa.

El abnegado secretario cumplía con el mayor celo cualquier instrucción del Che y no era en absoluto de su agrado cualquier interferencia en ese terreno.

Cuando el Che salía de recorrido por el interior del país, por lo regular lo hacía en el avión ejecutivo, un pequeño Cessna de dos motores tripulado por su piloto el capitán Eliseo de la Campa. Eliseo cuidaba de la seguridad de su jefe con el mayor esmero ya que casi siempre le correspondía a él ejercer las funciones de copiloto. Adicionalmente, tomaba ciertas notas que su jefe le indicaba en aquellos viajes para que luego se las trasmitiera a Manresa para su ejecución. En tales circunstancias, el piloto hacía de intermediario de aquellos mensajes y, en algunas oportunidades Manresa le presentó algunas quejas al Che por la forma en que le llegaban algunas de sus instrucciones.

En una de las tantas oportunidades en que se encontraba colmado de trabajo, Manresa se le presentó con uno de sus reclamos en relación con un mensaje entregado por Eliseo. El Che no disponía del menor tiempo para atender el asunto; pero, además, estaba interesado en dar fin a las disputas entre el secretario y su muy estimado piloto.

De acuerdo a mis funciones en aquella época, me correspondía atender las tareas más disímiles por delegación del Che, lo cual incluía, lógicamente también asuntos secundarios o de menor importancia administrativa.

Haciendo uso de sus prerrogativas, el Ministro me llamó a su despacho y me trasmitió la siguiente información, seguida de las correspondientes instrucciones (cito literalmente):

Entre Manresa y Eliseo han surgido ciertos malos entendidos que tu debes aclarar y poner en orden para que se termine la "putería" (palabra vulgar que puede ser entendida como discusión entre dos hombres por asuntos baladíes y sin la menor importancia) *que se traen entre los dos. Después me informas. Yo estoy con mucho trabajo en estos momentos para ocuparme de tonterías.*

Cumpliendo las instrucciones recibidas cité a los dos "contendientes" a mi oficina y les trasmití, exactamente, las orientaciones dadas por el Che. Ambos se miraron sorprendidos y trataron de interrumpirme muy respetuosos, para hacer aclaraciones. Los mandé a callar, inmediatamente, y les ordené que solicitaran la palabra de forma individual y no a dúo como lo acababan de hacer. Manresa, que ya para esa época tenía bastante confianza conmigo como para llamarme "Borre" en lugar de Borrego, en esa ocasión solicitó la palabra dirigiéndose a mí como compañero teniente. Las cosas se iban poniendo en su lugar.

Autoricé a Manresa para que hiciera sus descargos, pero he aquí mi gran sorpresa; se puso de pie, volviendo a su pose militar de antaño y sin más preámbulo, me recitó, muy firme, lo siguiente: "Puede usted comunicarle al Comandante que acepto totalmente sus calificativos acerca de mis relaciones con Eliseo. Tales 'puterías' son absolutamente ciertas y yo me hago totalmente responsable de todo lo sucedido. Por mi parte estoy en la mayor disposición de aclarar directamente con Eliseo estas boberías para que ni el Comandante ni usted tengan que perder su valioso tiempo en algo que debemos resolver nosotros".

A partir de ese momento estuve seguro de que la reunión iba a ser muy corta y me dirigí a Eliseo para que me expresara sus opiniones del asunto.

El piloto le siguió la rima al secretario y masticando las palabras afirmó que: "Compartía totalmente lo expresado por Manresa, que a partir de ese momento se comprometía a estrechar su colaboración de trabajo con él y a ser más cuidadoso en la transmisión de cualquier mensaje del Comandante".

El encuentro terminó en medio de un mar de sonrisas fraternales y a partir de aquel momento más nunca conocí de conflicto alguno entre el secretario y el piloto del Che.

Más tarde sólo me tomaría unos segundos para informarle al Ministro el resultado de aquella feliz reunión de "arbitraje", que resultó ser la más corta de todas las que he realizado en mi larga vida administrativa.



José Manuel Manresa, el secretario personal del Che.

El secretario en Nueva York

El trabajo del comandante Guevara no se limitaba a su compleja tarea como Ministro, miembro de la Dirección Nacional de la Revolución y jefe de una región militar. Se le encargó desarrollar otras funciones como representante del Gobierno Revolucionario en la arena internacional. En una oportunidad presidió la delegación cubana a la Asamblea General de las Naciones Unidas en Nueva York. En esa importante misión fue acompañado por su ya experimentado secretario personal.

Para entonces, el antiguo soldado de La Cabaña ya estaba lo suficientemente capacitado como para auxiliar a su jefe en los menesteres más azarosos de la alta diplomacia. Permanecieron varios días en la ciudad neoyorquina y a su regresó sometí a Manresa a un riguroso interrogatorio sobre las experiencias personales del periplo. Como siempre, el hermético secretario no soltaba ni una palabra sobre el tema. Pero de pronto estalló en una risa incontenible que le aguaba los ojos. Entonces me convencí que algo fuera de lo común le había sucedido e insistí de inmediato en que me lo contara.

Me solicitó trasladarnos a mi oficina con el mayor misterio y de nuevo comenzó a reír, hasta que le solté una palabrota, manifestándole que o contaba lo ocurrido o se fuera a cumplir con su trabajo sin más dilación. Más sereno, comenzó el insólito relato: Se encontraba el Che conversando con otras personalidades diplomáticas durante un receso de una de las sesiones de la Asamblea General de la ONU y, de pronto, el Comandante había prendido un habano dedicándose a disfrutarlo con el mayor placer y elegancia.

No habían pasado cinco minutos y se anunció el reinicio de la sesión. El Che miró enternecido su tabaco recién estrenado, se acercó a un cenicero aledaño, trató de apagarlo con cuidado para no estropearlo y luego, con la mayor tranquilidad, lo depositó sigilosamente

en el bolsillo derecho de su chaqueta. Manresa, que se encontraba a su lado, observó con cierta preocupación la delicada maniobra, pero no chistó.

Entraron a la solemne sala y ocuparon sus respectivos asientos, el secretario, como siempre, situado detrás del Presidente de su Delegación. A los pocos minutos se respiraba un aromático olor a tabaco cubano en el recinto.

El secretario tuvo un mal presentimiento, el Che sintió un fuerte calor en el bolsillo de su chaqueta y con la mayor discreción sacó su preciado habano y se lo pasó por debajo de la silla a su diligente secretario.

La angustia se apoderó de Manresa. Sostenía el humeante puro en sus recuperadas manos de oficinista, pero no encontraba el momento propicio para darle otro destino. Esperó impaciente y justo en el momento en que todos los asistentes ofrendaban sus aplausos a uno de los delegados en uso de la palabra, se levantó de su silla con la mayor dignidad y tomó rumbo a la primera puerta de salida.

Una vez recuperado del inoportuno incidente Manresa miró con desdén el tabaco y procedió a apagarlo con la mayor delicadeza.

Debía conservarlo con esmero para devolverlo al final de la sesión al Che, seguro que de no hacerlo, tendría que soportar una seria reprimenda por parte del Comandante Guerrillero; convertido entonces en ilustrado diplomático de nuestra rebelde isla caribeña.

Manresa continuó al lado del Che y llegado el año 1965 conoció de la partida del comandante Guevara a otras tierras del mundo. Comenzó entonces un nuevo período de su vida en el cual, su único, y más preciado deseo, era el reencuentro con su jefe para acompañarlo en la nueva guerrilla.

Después de culminada la campaña del Che en el Congo y conocido el nuevo proyecto en Bolivia, Manresa insistió en partir para reunirse con el Che. Lo embargaba una sola preocupación personal; sufría de una sensible dolencia en las piernas producida por una insuficiencia circulatoria.

Se sometió a una prueba física por medio de una larga caminata en las montañas de la Sierra Maestra. Al decir de un entrañable acompañante, lo salvó la técnica, ya que no pudo soportar el rigor de la caminata, y un helicóptero tuvo que venir en su auxilio para trasladarlo a la ciudad. Convencido de sus limitaciones no insistió en el atrevido intento de combatir junto al Che.

Continuó trabajando con denuedo y siempre sumido en la más absoluta discreción acerca de los íntimos recuerdos que conservaba sobre la multifacética personalidad del Guerrillero Heroico. Falleció en el mes de diciembre del año 2000 en la Ciudad de La Habana; hoy todos lo recordamos como uno de los compañeros más queridos y que tuvo el privilegio indiscutible de compartir parte de su vida junto a uno de los hombres más grandes de América y del mundo: el mítico comandante Ernesto Che Guevara.

El hijo del secretario

Dada la intensidad de trabajo a que estaba sometido el Che, José Manuel Manresa dedicaba la mayor parte de su vida a su tarea como secretario. Su esposa mostró en más de una ocasión su disgusto por el poco tiempo que dedicaba a la atención de la familia. El Che fue informado de la situación y aunque no podía hacer grandes concesiones en cuanto a la jornada de trabajo de su secretario, optó por una solución remedial; poco ortodoxa. Con frecuencia invitaba a la señora para que visitara las oficinas de su marido y de esta forma podía permanecer más tiempo con su esposo.

En esas visitas nocturnas o de fin de semana de la señora de Manresa a sus oficinas, el Che conversaba con ella a menudo y aprovechaba la ocasión para bromear con ésta acerca del trabajo de su esposo y otras cosas de la vida cotidiana de aquel entonces. El caso es que estableció amistad con la señora de su secretario y con su pequeño hijo que siempre la acompañaba.

El hijo de Manresa tenía aproximadamente diez años en aquel entonces y se nombraba como su padre, con la sola diferencia que le llamaban *Manolo* o *Manolito*. A partir de entonces todos en el Ministerio hicimos amistad con el muchacho, que frecuentemente merodeaba por nuestras oficinas en el momento menos esperado.

Ocurrió otro hecho digno de mención. El Che había organizado un aula anexa a su oficina, con un profesor altamente calificado para elevar la escolaridad de los miembros de su escolta. Entonces Manolito se incorporó, a sugerencia del Che, para terminar su enseñanza primaria en la escuela de las escoltas del Ministro.

Junto a esas atenciones del Che por el muchacho, decidió enseñarle a jugar ajedrez en los pocos momentos libres de que disponía en su trabajo. Manolo comenzó a demostrar un buen aprovechamiento en esas lides y entonces el comandante Guevara le solicitó al ingeniero

José Miguel Alonso, que trabajaba en el Ministerio y se destacaba como buen ajedrecista, para que le diera un entrenamiento más sistemático a Manolo.

Cuando escribía estos recuerdos sobre el Che, le mostré al hoy doctor José Manuel Manresa hijo (luego se haría médico) lo que hasta ese momento había narrado. Me agregó otros recuerdos personales sobre aquella etapa, junto a la de su iniciación como ajedrecista promovido por el Che.

Con frecuencia el Comandante jugaba a ciegas con su pequeño contrincante. En una de aquellas partidas, el Che le dijo que moviera un alfil a determinada posición, pero el diagonal de la pieza estaba ocupado por un peón, de tal manera que ello implicaba un error por parte del Che. Manolo no se atrevió a decirle nada al otro jugador y entonces el Che meditó unos segundos y le preguntó por qué no lo había advertido de su error. Él no hallaba como explicarle lo sucedido, hasta que el Che le indicó que continuaran, no sin advertirle que no volviera a eludir un error de ese tipo.

Cuenta, que cuando ya había pasado un largo entrenamiento con el ingeniero Alonso, se organizó una competencia ajedrecística en el Ministerio donde participaron decenas de trabajadores del organismo. Ninguno de los jugadores conocía quien pudiera ser su oponente. Ocurrió que cuando fue llamado para jugar su partida se encontró con el Che sentado frente a él. Estaba convencido que perdería la partida.

Comenzaron a jugar y cuando habían hecho varios movimientos, el Che le anunció que tenía que marcharse para una reunión de trabajo por lo que se había salvado de una gran derrota en la competencia de ajedrez.

Pocos días después, el Che lo sorprendió con el regalo de una bicicleta, que fue la primera que utilizó durante su niñez.

Recuerda Manolo que por esa época su madre cayó gravemente enferma con problemas cardiovasculares y por lo que fue necesario ingresarla en una clínica especializada de La Habana.

A partir de entonces, el Che la visitaría regularmente en el hospital hasta el día de su fallecimiento. Nunca dejó de llevarle alguna fruta como gesto de amistad y en cada ocasión dedicaría algunos minutos para conversar con la señora y estimularla a luchar contra su enfermedad; otra demostración más del humanismo del Che, lo que justifica la gran estimación y respeto que el hijo de su secretario mantiene, sobre quien considera uno de los más grandes maestros de toda su vida.

El Patojo y la gran refriega

Julio Roberto Cáceres Valle (*El Patojo*) era un joven guatemalteco que a no dudar fue uno de los más cercanos amigos del Che. Se habían conocido en un tren cuando el Che tuvo que abandonar Guatemala rumbo a Ciudad México a causa de la caída del gobierno presidido por Jacobo Arbenz que había sido derrocado dos meses antes. Durante el viaje al país azteca entablaron una prolongada conversación como suele suceder entre dos viajeros errantes que van en busca de nuevos horizontes. Aunque el Patojo era varios años menor que el Che lograron establecer una amistad que llegó a ser entrañable y duradera.

De Chiapas viajaron a Ciudad México, donde juntos afrontaron la difícil aventura de tratar de ganarse la vida en un medio desconocido. El Patojo no contaba con un centavo en sus bolsillos y el Che tan sólo unos pesos que invirtió en la compra de una cámara fotográfica. Los dos se dedicaron al oficio de fotógrafos clandestinos en los parques de la capital, en sociedad con un mexicano que tenía un pequeño laboratorio donde revelaban. De ese oficio comieron durante varios meses, y al decir del Che, las contingencias de la vida revolucionaria los separaron.

El Patojo quiso acompañar a su amigo argentino cuando la salida del yate *Granma* hacia Cuba, pero Fidel consideró que no era correcto traerlo, ya que el ejército revolucionario no se debía convertir en un mosaico de nacionalidades.

A los pocos días del triunfo de la Revolución Cubana, El Patojo vendió las pocas pertenencias que tenía y decidió viajar a Cuba, presentándose ante el Che cuando éste ocupaba la jefatura del regimiento de La Cabaña. El Comandante lo llevaría a vivir a su casa, como correspondía entre viejos amigos. Para esa fecha El Patojo poseía una amplia cultura y estaba dotado de una gran sensibilidad política.

Se incorporó como soldado al Ejército Rebelde y meses después ocupó el cargo de jefe de personal del Departamento de Industrialización.

Cuando el Che pasó a ocupar el cargo de Presidente del Banco Nacional, el Patojo quedaría trabajando bajo mis órdenes en el departamento y comenzaría a conocerlo con más profundidad. El comandante Guevara continuaba orientando sistemáticamente las labores del departamento y yo me encargaba de todo el trabajo ejecutivo que me había delegado en aquella etapa. Eran los tiempos en que nuestras jornadas de trabajo culminaban a altas horas de la madrugada.

En uno de mis despachos nocturnos con el Che, éste me hizo una advertencia poco usual en aquellas reuniones. Me pidió que escuchara con la mayor atención porque me tenía que trasmitir una instrucción que debía cumplirla con el mayor cuidado y sentido de responsabilidad. Me pareció un poco extraña la advertencia, pero me dediqué a escucharlo pacientemente.

Me explicó que un compañero muy allegado a él desde los primeros días de la lucha revolucionaria le había solicitado con la mayor humildad un trabajo para su padre. Que el solicitante no acostumbraba a hacer ese tipo de pedido y que debíamos de ocuparnos de inmediato para encontrarle una ubicación adecuada. Como indicación, en principio, me sugirió que tratara de nombrarlo al frente de uno de los talleres de confecciones textiles que se acababan de nacionalizar pues la persona a ubicar tenía experiencia como sastre.

Aquello no me pareció nada difícil de cumplir porque existía un taller recién nacionalizado que coincidía perfectamente con la indicación dada por el Che. Terminado nuestro despacho me retiré a descansar unas horas para regresar al día siguiente al departamento y tomar las medidas pertinentes para el nombramiento que se me había encargado.

Tan pronto llegué a mi oficina llamé al Patojo para instruirlo, de inmediato, acerca del asunto. Como jefe de personal era el encargado de correr con todos los trámites del caso. Seguí mecánicamente los pasos clásicos del burócrata robotizado que acostumbra a darle el mismo tratamiento a todos los asuntos de un mismo tipo, sin distinguir diferencia de matices y de contenido. Aquel error me costaría muy caro; tan caro que aún lo recuerdo con vergüenza.

Cuando tuve al Patojo frente a mí le repetí con exactitud las mismas palabras que el Che me había trasmitido a mí como jefe del

departamento. El querido guatemalteco me escuchó con toda la pasividad que lo caracterizaba. No observé la más mínima reacción de preocupación en su rostro y por el contrario me llegó a parecer hasta demasiado complaciente la forma como había recibido mis instrucciones.

El Patojo acostumbraba a hablar muy bajo, con los dientes apretados, casi inaudible, y cuando le insistí en si había entendido bien mis instrucciones me contestó apenas con un susurro, que interpreté como que me había dicho: "Está bien no más, porqué te preocupás tanto". Se marchó de mi oficina y yo pasé a ocuparme de las múltiples e impostergables tareas que esperaban por mi atención inmediata.

Pasaron dos días sin que yo controlara la ejecución del nombramiento que le había instruido a mi jefe de personal, y en medio del tormentoso trabajo que teníamos en esa época, no me pasó por la mente que se hubiese incumplido lo que había ordenado. Este fue el segundo error cometido y que me serviría de experiencia hasta el momento en que escribo estas notas.

Mi secretaria me anunció que el Che me llamaba por teléfono y de inmediato tomé el auricular con la misma disposición y tranquilidad de siempre. Tan pronto escuché su voz percibí que algo grave había sucedido. De forma tajante y, sin preámbulo alguno, me preguntó si ya había cumplido sus instrucciones en relación con el nombramiento.

Sentí algo así como un vacío en el estómago y le respondí con nerviosismo que suponía que sí, ya que le había dado instrucciones precisas al Patojo sobre el caso; aquellas que él me había trasmitido. Entonces "ardió Troya" y el Che empezó a gritarme las palabras más fuertes que jamás le había escuchado.

Al final de su andanada, no tenía la más mínima justificación para rechazar lo que me había dicho, y tuve que contestarle que tenía toda la razón, que me ocuparía personalmente del asunto y que no me volvería a suceder un caso como aquel. Por supuesto, que todo se debía a que su compañero le había hecho saber que a su padre lo habían "peloteado" (cuando una persona no es atendida como "Dios manda" en cualquier organismo estatal y lo envían de un lugar a otro dentro del laberinto burocrático sin la menor sensibilidad); y, ni siquiera, había sido atendido por el funcionario que tenía la responsabilidad de hacerlo.

Como es obvio, yo me ocuparía personalmente del nombramiento a partir de ese momento pero, para hacerlo, debía desentrañar hasta

el más mínimo detalle las razones por las cuales el Patojo no había cumplido mis instrucciones. Para ello, lo llamé de nuevo a mi oficina y lo sometí a un minucioso interrogatorio. Utilicé las palabrotas más duras que había acumulado hasta entonces en mi poco ilustrado vocabulario.

Para mi sorpresa, al Patojo no se le alteró ni un solo músculo del rostro. Me escuchó tranquilamente con su acostumbrada mirada apacible e imperturbable. Se pasó la mano por la frente serena y con voz queda comenzó su relato para explicarme lo sucedido, no sin antes advertirme que no debía alterarme de esa forma porque me podía subir la presión arterial. Tuve la intención de tirármele al cuello pero me contuve y dejé que comenzara su historia.

Comenzó diciendo que me diría toda la verdad sobre lo ocurrido. Había citado al respetable señor que yo le había indicado para las 9 de la mañana del día siguiente al de mis instrucciones. Aclaró que por estar muy ocupado le habían dado las doce del día sin atender a su visitante. Que justo cuando estaba decidido a hacerlo, su secretaria le había anunciado que en el cine Radiocentro (actualmente Yara) se estaba exhibiendo una película que él consideraba como una verdadera creación artística y no se la podía perder.

Había partido al cine y regresado a las cuatro de la tarde y que para su sorpresa el señor no había actuado con la calma suficiente como para esperarlo y se había marchado. Y agregó, como haciendo un paréntesis en su exposición: “Te das cuenta que ese señor es muy desesperado”.

Mientras El Patojo hablaba yo me dediqué a pensar en sus más lejanos ancestros maya-quiché. Entonces me pareció encontrar una explicación lógica para entender en parte la razón de aquella actitud sosegada y hasta venerable; capaz de hacer que una persona no diera muestras de alteración alguna ni en las circunstancias más extremas. Decidí cortar la conversación con El Patojo, aunque me hubiese gustado disponer del tiempo y la calma suficiente para seguir escuchándolo hasta el final de su sincera y tranquila explicación.

Ese mismo día hablé con el humilde sastre que había sido una de las primeras víctimas del burocratismo de nuestro Departamento de Industrialización. Quedó nombrado, de inmediato, en un modesto taller de confecciones donde desempeñó con la mayor eficiencia su trabajo como administrador revolucionario.

Le informé al Che de la solución final dada al asunto, sin trasmitirle muchos detalles sobre el tratamiento infortunado dado por el Patojo al trámite de aquel caso.

El desagradable incidente, puramente administrativo en apariencia, me había permitido conocer más a fondo a los seres humanos y a comprender por qué el Che había sido capaz de consolidar una amistad tan estrecha con El Patojo.

Después de todo aquello me acerqué más a él y en una ocasión en que nos encontrábamos cenando en nuestro comedor, me comentó que algún día tendría que marcharse de Cuba para ir a luchar por la liberación de su querida Guatemala. Confieso que subestimé un poco aquellos comentarios del Patojo, pero no le ofrecí ninguna opinión sobre el particular. Poco tiempo después el Che me informó de la partida de su amigo y de algunos consejos que le había dado basado en su experiencia guerrillera.

Muy pronto supimos de la muerte del Patojo en las montañas de Guatemala. El Che recibiría de las manos de unos amigos mexicanos algunos versos escritos por el soldado Cáceres a una amiga suya en Cuba. Los había dejado escritos en una libreta de notas. El final de uno de ellos resultaba imperativo:

Toma, es sólo un corazón
tenlo en tu mano
y cuando llegue el día,
abre tu mano para que el sol lo caliente...

RECUERDOS EN RÁFAGA

Esta obra nos lleva al encuentro con una faceta de la vida de Ernesto Che Guevara prácticamente desconocida para la mayoría de los lectores.

El autor nos acerca al Che cotidiano: al hombre que, ademas de estadista brillante y líder paradigmático para las nuevas generaciones, sabe contar chistes, sufre ante cualquier injusticia que se comete en el mundo, ama a su familia y cuida a sus compañeros y amigos, utiliza su refinada ironía a cada paso y disfruta del humorismo popular como el más común de los mortales.

Anécdotas, bromas y risas –al calor de una revolución que comienza y luego se desarrolla en combate sin tregua contra sus enemigos– se mezclan en inusitado concierto desde la epopeya guerrillera de la Sierra Maestra, pasando por la consolidación del Estado revolucionario que el Che contribuyera a edificar hasta el día de su partida de Cuba para ir a combatir en la guerrilla boliviana.

ISBN 959-06-0832-9





CIENCIAS SOCIALES